Obras del escurridizo Chivo Blanco

A. J. Bozinsky


A. J. Bozinsky


BY NC ND

¡OTRA VEZ!

I

Finalmente, desperté… Traté de calmarme, exigiéndome estar alerta. A mi alrededor y a cierta distancia, los verdugos se entretenían cortando cabezas y torturando gente. Los había visto antes, y ya me estaba acostumbrando.

Intentando establecer un orden, recordé que podría servirme lo aprendido en clases de lógica. Cerré los ojos buscando en mi memoria los últimos registros de la víspera. Entonces, lentamente, vinieron imágenes confusas, ora sensuales, ora dolorosas, posiblemente evitadas por la razón. Me veía en las garras de un hipogrifo, y también, una ramera que la bestia devoraba en el lecho de nuestros pasados ardores. Sí, recordaba haberme regodeado con las carnes de aquella hembra fogosa, que me había deparado quince minutos de eterna felicidad,

tentándome con la posibilidad de llevar una disipada vida de hombre de putas. Pero ¡ay! ¡Ay de mí! El animal fabuloso la había engullido, dejándome sobre una maraña pegajosa de cadáveres.

Tras no pocos esfuerzos, logré deshacerme del resto de los excretados, que iban acompañados por trozos de cuerdas, harapos, postes y ruedas carbonizadas. Me puse de pie, y junté los rasgados lienzos tapando mi desnudez.

La mitad del paisaje estaba rodeado por una inmensa tapia. Hacia allí me dirigí, evitando torturadores que, concentrados en el oficio, ni siquiera advirtieron mi presencia.

Llegué a la tapia. La examiné, intenté treparla sin nada de qué asirme, ni orificio por el cual ver qué había detrás. Rendido, di vuelta y me puse a recorrer la comarca, con la ilusión de avistar mejores horizontes.

Después de la desértica llanura que parecía no tener fin, encontré un valle por cuyo seno cruzaba un río serpenteante. Si la tapia me impidió el paso por un lado, el valle viciado por una vegetación hostil me lo impidió por el otro. Sólo

me quedaba un sendero interminable en medio de un desfiladero, señalado en su inicio con una horca.

Alguien se balanceaba como un péndulo en el siniestro mojón.

—¡Aupa, aupa! —exclamé.

El silencio de quien movía el viento, me contestó que estaba muerto. Pensé que allí, todos eran difuntos y espectros. Entonces, ¿dónde estaba? Al instante, tuve el presentimiento de que me hallaba... ¡otra vez en el infierno!

II

De andar entre lo polvoriento, se me pegó un estornudo insistente, que se intensificó cuando pasaron rozándome unos jinetes a galope tendido, arrastrando un muerto. En una clase de literatura, había aprendido que así lo había hecho Aquiles con Héctor. Pese a mis señas, no se detuvieron. Más gritaba para llamarles la atención, y más espuela daban a sus corceles.

Cuando mi esperanza llegaba a su fin, noté que el bendito sendero hacía lo mismo, explayándose por una pendiente que desembocaba en el río serpenteante.

Sentí el suelo blando, y, cuando me di cuenta, estaba metido en un pozo hasta la ingle. ¡Allí se agusanaba un cadáver! Pensé que si alguien cavaba en esas heredades, no hallaría húmeda tierra, sino cuerpos podridos.

Cojeando por la pendiente, sacándome gusanos pegados, llegué a la orilla del río. Podría ser el

Aqueronte, pues un viejo con fachada de Caronte, dialogaba con un par de viajeros. Me puse contento, pues era lo que necesitaba: unos sujetos vivos con quienes hablar. Pero al verme, el viejo se apuró a empujarlos en su barca arrancándoles las monedas de las manos, y los llevó aprisa al otro lado, sin detenerse ante mis gritos de alto.

Por lo menos, en el apuro, los viajeros habían perdido un envoltorio que, al desenvolverlo con avidez, mostró el contenido de dos granadas de buen tamaño, pan, huevos y aceitunas. Comí desesperado.

Después pensé nuevamente en la noche anterior y en la presente, y en que en aquel extraño país, siempre parecía de noche, o, mejor dicho, un crepúsculo opresor lo dominaba todo.

Debía decidir qué camino tomar. El río era demasiado caudaloso como para hacer tonterías. Sería mejor seguir corriente abajo, tal vez las aguas, si las leyes físicas no variaban, me llevarían a desembocar en algún lugar, o acaso encontrara forma de vadear el río en un punto más playo.

Recordaba que la ramera me había prometido honor especial, y una forma de vida que nos permitiera fornicar hasta la eternidad… Pero esa eternidad se había visto interrumpida por la aparición del hipogrifo que injustamente se la había comido. En otras de su calaña, el gesto del pajarraco no me hubiera molestado tanto, pero en ésta, sus tiernas caricias me demostraban valiosos sucedáneos del amor. Habría abandonado mis estudios para entregarme a ella, para vivir del proxenetismo, sin dudas.

Entre recuerdos y fantasías donde me dibujaba como sultán en un harén de prostitución y buenos tratos, llegué a un pequeño tugurio que largaba humo acre. Contra un palenque, estaban atados los cuatro fatigados caballos de los jinetes que habían pasado arrastrando a Héctor. Entré a ver qué había.

Fui detenido por la belleza de unas africanas que se contoneaban poseídas por una música muy débil, apenas audible, rica en efectos de eco, resonancia y reverberación, según lo aprendido en clases de física. Los jinetes, cansados de arrastrar la piltrafa de Héctor,

estaban inclinados sobre una mesa. Dormían con las cabezas echadas al lado de copas de hojalata, sobre charcos de vino rancio, montando sobre sus bancos como si nunca pudieran dejar de galopar. Nadie atendía a las negras deliciosas de nalgas paspadas… ¡por el látigo de un enano que cada tanto las zurraba!

Preferí no meterme en mayores líos, así que las dejé con el enano zurrador, y me acerqué al tablón donde una vieja cubierta con pañoleta, arrojaba su mirada aciaga. Le pedí vino fiado. Parecía uno de esos cuadros que, inmóviles, persiguen con la mirada.

Maldije aquella posada hechizada donde la música volvía sobre sí misma, el elfo golpeaba a las danzarinas como si fuera un cucú dando campanadas, los jinetes cabalgaban durmiendo la borrachera, y la cantinera no daba fiado. Sin esperanza de hallarlos, me fui en busca de sitios más alegres.

Corriente abajo, acompañado por las murmuraciones del río, noté que por más que anduviera, apenas me alejaba unos pasos de la endemoniada taberna. Una vez que fui consciente del encanto, sentí

cómo el aire se solidificaba, sin permitirme avanzar. No poco fue el esfuerzo que hube de realizar hasta que divisé una cabaña grande con una cruz sobresaliendo del techo, adornada con el halo de un blanco fulgor. Únicamente pensando en llegar para arrodillarme, persignarme y rezar ante la santa cruz, me fue posible escapar.

Tenía hambre, y una terrible sed por la cual sucumbiría antes que abrevar del ominoso río. Me quité el barro pegajoso con los dedos que limpié en hojarasca, y di un precavido rodeo a la cabaña. Una docena de piezas se levantaban ora pegadas, ora solapadas, ora asomando unas encima de otras. La caótica estructura estaba rematada por la cruz salvadora. Al fondo, había una huerta abandonada y un árbol reseco, retorcido, cuyas ramas parecían pelos de puerco espín.

Llamé a la puerta.

La abrió un religioso medio gordo y del todo pelado, que me abrazó con paternal ternura.

—Entra, hijo mío. No conviene pasar la noche fuera.

—Gracias, señor… Muchas gracias… ¡Muchas gracias! —lo

abracé y lloré, feliz de haber encontrado alguien que hablaba.

Estaba muerto de hambre y sed, mas como el ermitaño me había prometido comida tras el recibimiento, no me importó hincarme ante el improvisado altar, rezar siguiéndole el ritmo, y decir que sí hasta aceptar que aquella pocilga era una capilla.

El tipo se pasaba rezando todo el tiempo, cada tanto se arrodillaba, y mi comida se demoraba. Cuando ya tambaleaban las esperanzas de acallar los rugidos de mis tripas, me invitó a pasar a la cocina.

Era la cocina más pobre y sucia que jamás había visto, aunque no fue óbice para que me sentara en una silla de paja, y depositara los codos sobre la mesa roída, esperando mi colación.

Devoré la frugalidad de un puñado de aceitunas y dos cebollas dulces, enjuagándolas con vino agrio en el coleto. Antes de una conveniente digestión, tuve que seguirlo tomado de la mano hasta una pieza en penumbras. Abrió, y me señaló un jergón donde tirarme a dormir.

No pasó un cuarto de hora desde que se fuera el ermitaño,

cuando apareció una perdularia con palmatoria, murmurando dos palabras que brotaban de una idea fija:

—Fornicando unidos.

Disponía de firmes pechos y caderas muy bien apreciables bajo el camisón. Así como gocé de la cena, me dispuse a gozar de la loca. ¡Qué me importaba cuán loca estuviera! Podía abusar de ella y no pagar… ¡Ojalá estuvieran todas locas!

Pero el aguafiestas vino corriendo tras ella, y se disculpó diciendo que tenía que quitarle no sé qué demonios antes de poderla mandar al purgatorio… Recordé que en clases de química así le llamábamos al sulfato magnésico o al fosfato sódico, sustancias afines a las bromas.

Antes de dormirme volvió el exorcista.

—Tengo una duda, hijo —preguntó con voz serena y suspicaz.

—¿Cuál, padre?

—¿Cómo es que has podido llegar hasta aquí?

Le conté desde mi despertar hasta el percance en la taberna, y cómo gracias a la cruz había podido escapar. Añadió a mi relato la parte en que la anciana daba coscorrones

al enano, y la que las negras se desquitaban con la anciana, mas no mencionó a los jinetes ni a Héctor. Sin embargo, antes de quedarme dormido entre una atmósfera de símbolos, escuché:

—…Hay horas en que el diablo se posa sobre la cruz…

III

De mañana, mientras comíamos el ermitaño, la loca y yo, creí notar que, al tiempo que le ponía la cuchara en la boca con una mano, la manoseaba con la otra.

De pronto, apareció la figura más horrible que jamás había visto hasta entonces. Era la delgadez con cabellos erizados; dientes perdidos y baba que manaba a chorros, derramándose por una mandíbula espumosa; llevaba medias en lugar de camisa, y una manga a guisa de pernera. Aunque hablaba sin cesar, no se le entendía nada. Hacía muchos movimientos, contemplando fijamente a la loca. Parecía llamarla... ¡con la cabeza que sostenía en el puño cerrado!

Pregunté quién diablos era ese tipo, o si acaso era espectro, y por qué andaba con una cabeza.

—Hijo mío —me respondió, ahora sí, metiendo la mano entre las piernas de la loca—, es el poseso don Córdoba. Su terrible historia

prueba que el ángel de las tinieblas existe.

—Ah… —murmuré revolviendo mi sopa—. ¿Cómo puede ser?

—Puede ser —dijo el ermitaño —. Puede ser, ¡como la orgía que nos haremos contigo! ¡Idiota!

¡Me agarraron entre los tres! Tiraron los platos, volaron las sopas, y me ataron a la mesa. Entonces, el ermitaño comenzó a dar órdenes en jerga orgiástica.

Unos debían ser “padres”, mientras otros “madres”, en tanto eran “visitados” por “miembros” de la “familia”. Como la loca, que se llamaba Catarina, no gozaba de la función, fue necesario ir a buscar más “parientes”. Consiguieron al cadáver arrastrado por los jinetes, a quien yo había bautizado con el nombre de Héctor. Lo primero que hizo el esqueleto, fue ensañarse con Catarina, mientras que el ermitaño la tomó por su nueva esposa, diciéndole:

—Mi mala opinión se basa en las docenas de ángeles que te has tirado, puta esposa. ¡Infiel!

Ella sólo atinaba a dar arañazos o a quedarse quieta, según el defectuoso mecanismo de relojería que tenía por cabeza. Entre

todos se pasaban el fémur de Héctor, al que apreciaban como objeto sagrado o instrumento de tortura. Yo rezaba para que en ese juego de cambio de roles, no me tocara hacer de “madre” o “esposa”.

El acto se puso peor, cuando don Córdoba llevó un bulto deforme a la boca de Catarina. Del apéndice asqueroso salió una especie de pescado hediondo que contaminó la execrable cabaña. Supongo que quiso hacer sus necesidades en la demente, ¡pero fue mordido!

Mientras lloraba manando mocos, pus y sangre, contaba en un castellano bastante claro:

—Me enamoré perdidamente de ella… Creció a los pies de su cuñada, a quien yo me la tiraba en las remotas épocas de Caín y Abel…

Al levantarme las piernas el monstruo Córdoba, que por cuenta propia había decidido hacer de “padre” conmigo, el ermitaño lo detuvo:

—Después, hijo mío… Te prohíbo que utilices en él tu pescado. No sería serio hacer de “cuñado” o de “padre” ahora, que aún no sabe nada de los cánones de la Iglesia y sus matrimonios.

Se instó a Catarina para que fuese mi "madre", pero por obvias razones, yo no podía ser su "hijo". Perdonado, mi lugar fue ocupado por Héctor, ingenioso en el manejo de sus huesos. Fui conminado a brindarme con más ahínco a las "fiestas familiares", so pena de ser empalado en la cruz de la capilla... Pero me desmayaba a cada instante y, al recuperar parcialmente el conocimiento, constataba que la rueda desenfrenada de "parientes" rodaba con mayor frenesí. En mis oídos, las palabras se entreveraban hasta crear oraciones poco inteligibles:

—Catarina era tan recatada que se pudiera haber logrado correspondiera a mi amor en tiempos de David... Apareció don Córdoba en forma de noble caballero, y mi cuñada fue decapitada dos meses después... Largo era el pesar estando tan lejos... Dios se había marchado para siempre.

IV

Desperté, sentí los mismos ahogos de la primera vez, pero no estaba trenzado entre cadáveres. La loca Catarina me había arrojado un balde de agua fría a la cara.

Me paré en un rincón, donde había sido expulsado para que no estorbara. En la mesa me esperaban Héctor, don Córdoba, el ermitaño y un tipo con aspecto de jinete, que se presentó como José Andújar, un demonio venido a menos.

Por suerte, en vez de orgías fantasmales, fuimos servidos con abundante almuerzo por el mismo ermitaño. Atacamos hambrientos los platos. Aparte de carne de cerdo y verduras, apuré el vino sentado entre el monstruoso Córdoba y José Andújar, quien casi no comió nada. Tomó la palabra para contarnos sobre sus viajes por el reino del aire, las cartas de amor que se escribía con una tal Jezabel Pérez, bruja de pechos confortables y posaderas grandes y espaciosas, y que si queríamos consejos se los pidiéramos sin dilaciones, pues

debía regresar a su lecho o tumba, por una maldición que debía cumplir. Contrario a lo que creía, los demonios obedecían tanto a sus promesas como a sus penas.

Terminado el almuerzo, el ermitaño nos dejó en libertad, pero nos recordó que de noche teníamos que volver para someternos a sus antojos. Sólo había crepúsculo deprimente, así que la noche, podía ser en cualquier momento.

Pensando en que nunca saldría del infierno, me puse a observar sus fantasmas sentado en la huerta, donde el horrendo Córdoba cultivaba algunas acelgas que parecían retazos de trapo. Quería dormir y despertar en sueños menos nefastos. Quería arrepentirme, pero nadie me echaba en cara mi mala conducta. Moviendo la cabeza y los hombros al borde del llanto, me fui derrumbando hasta apoyar la oreja contra el suelo, para escuchar murmullos que me hicieran olvidar el dolor y la soledad.

Pronto se me acercó Catarina con ganas de hablar. Su lenguaje era una invitación a rezar, lo que para ella equivalía a pasar la noche juntos. Desobedeciendo las órdenes del ermitaño, acepté, naturalmente.

Héctor, se mondaba los dientes con las astillas de sus falanges; el ermitaño, se santiguaba orando arrodillado frente a la cruz; don Córdoba husmeaba entre sus acelgas. Nos fugamos sin escondernos.

Mis pasos repitieron los de ella, hasta llegar a una oquedad de piedra en un claro del valle. Dentro, había construido sin mucho tino, un lecho de paja. La babeante se había enamorado de mí, y yo, harto de tanto averno, la amenacé de muerte si chillaba cuando nos vinieran a buscar. Ahora era mi esclava. Así hay que tratar a las locas.

Pese a estar ensimismados en sus estupideces, los malditos no tardaron en salir a buscarnos. Supongo que ya conocían el escondite. Catarina los vio venir, me agarró a bofetadas, abrió una puerta que yo no había visto, me empujó, y me encontré en una pieza ricamente decorada. En perfecto castellano, indicó un orificio en la puerta para que pudiera observar lo que afuera sucedería.

Cargó dos pistolas y salió a recibir a los malvenidos. La crudeza al tratarlos se manifestó con los cráneos destrozados a balazos, y el

esqueleto de Héctor partido y triturado con sus propios huesos.

Después de contemplar escenas en donde los extremos de la venganza eran llevados por caminos grotescos, me asusté bastante. Catarina podría tomar represalias por haberla tratado como deben tratarse las locas.

Llegó muy contenta a la pieza. Ya sin ojos de loca, colgó las pistolas y encendió innumerables velas. En pago de mi salvación, tuve que permanecer despierto, bien dispuesto aunque a veces perdido ante la exageración de los artilugios amatorios. Tanto entusiasmo puse en la retribución, que en los momentos de asueto, seguía fornicando en sueños.

Luego de largas horas rindiendo exámenes ante la peligrosa Catarina que todo lo sabía, aprobada mi última tesis, dormido o despierto, oí que el reloj daba las doce. Me sorprendió mi amante con otra mujer a quien presentó como su madrastra. Portaba una palmatoria de curiosa manufactura, con un cirio encendido. De puntillas se acercó hasta sentarse sobre mi sorprendida boca y, como mi vigor no le alcanzaba, se metió la palmatoria.

Catarina nos miraba sentada en una mesilla al costado de la cama. Sus ojos reflejaron la demencia de sus palabras:

—Ha llegado el momento que prometí a mi señor hace el amor a esta posada. Vuestro padre el Chivo Blanco chupa acelgas en la huerta. No come carne y presta su cuerno vuestra dicha sea completa en el infierno. Amáis mí y yo os amo. Yo que no estoy loca he vuelto a cordura gracias a ti como él lo prometió. No es justo seamos infieles, sólo dos sean felices así tres. Seguidme por su casa.

Sin tiempo para contestar, nos condujo entrelazados con su madrastra por un corredor hasta una puerta dorada, y nos hizo pasar.

La casa era una confusión encantadora. Mucho más rica, incalculablemente más hermosa que lo visto en la tierra, estaba llena de rameras, dispuestas como objetos de arte. El oro era lo más barato en comparación al lujo de las joyas. No existía mujer ni cosa que pareciera pudorosa. La música tibia y las expresiones animadas de ombligos y rodillas, invitaban a conocer mil secretos guardados en caderas. Ese subterráneo hogar tenía todo lo que

se necesitaba para escribir. Con utensilios servidos en bandejas de plata, ilustré deliciosas escenas que conformaban el corpus de una obra inédita. Embriagado por un licor de lujuria y vanidad, me declaré escritor superior a las biografías aprendidas en clases de literatura, y, en la cúspide de la vanagloria, estilista soberano de la gramática.

Ahora, regalo y ejemplo para que juzgue la posteridad, transcribiré lo escrito en el placentero recodo del abismo, terminando esta historia como la terminan los posesos:

V

“Catarina desnudó con madrastra y veintidós más. Y vino el Chivo Blanco que las llevó al lecho con nos. Agoté en crímenes mi imaginación. La naturaleza para mayor mal se esfuerza.

“Finalmente, me dormí bajo los papeles, malolientes cadáveres, como el del ermitaño que interrumpió con hoz a don Córdoba arrodillado en su huerta, pues todos revivían y nadie era obligado a hacer cosas que en el fondo no quisiera.

“—Y bien, hijo mío —me dijo el Chivo Blanco—. Hasta aquí has sido conducido. Ya puedes escribir tu propio horror.

“A lo cual contesté:

“—Cosa, caballero, padre y menos aún. Si estas aventuras en un instante, ¿qué en la eternidad?

“—Endemoniado hijo —respondió—, en mi nombre la continuarás. La horca o el hipogrifo, o mil muertes o el andar medio muerto te esperan en este maldito mundo que no es peor en maldad. Te autorizo. El escapar tantos horrores,

era seguido por uno nuevo. Estás en vena. Escribe.

“Mi ilusión de criaturas rodeándome. Asesinados sacándome la lengua. Salen del fuego. Con sus anos hacen collares. Nalgas musicales, felices pulsan diabólicas arpas las meretrices en el cuarto. Me rechinaban los condenados dientes como se expresa en la Biblia. Escribí mis gracias y mis desgracias, escribí con el pie en la tierra y la cánula en barro. Siempre había más papel...

“El Chivo Blanco se ausentaba para atender los asuntos de quienes rezan a la cruz. Un día que volvió le dije:

“—Chivo Blanco, ya es tarde y te invito a que descanses de mis gritos durante la noche.

“—Tú que me has visto —dijo —, no necesitas de la crucifixión. En su lugar, ten estas tijeras.

“Así recortamos lo que sobraba.”

Al final, en aquel recinto mágico, éramos doce y nuestras sombras. Deseaba que la campana viniera a toparme nuevamente, que amaneciera redimido de los cielos, de los aparecidos que habitan la

tierra y de los agusanados en su interior. Me di cuenta que había sido mil veces burlado por el satánico Chivo Blanco y, en última instancia, por sus mujeres corruptas. Grité desaforado:

—¡Ven a buscarme afuera, y verás cómo se pelea!

Intenté salir pero no pude. Llamé pero no contestaron. Estaba menos que solo en una oscuridad sin sombras. ¿Cómo se puede escribir a ciegas? Igual seguí escribiendo…

Hasta que un día se terminó el papel, y pude ver que el cielo parecía cielo, aunque rápidamente se tornaba arrebolado, y a los verdugos que se entretenían cortando cabezas y torturando gente.

EL HIDALGO PEREGRINO

En tiempos de cristianos, brujas y moros, gastando la suela en espirituales peregrinajes, y también la bota de vino, llegó a la ciudad de Sevilla un joven de noble apellido. Dispuesto a acabar lo poco que quedaba en su talego, se detuvo ante la puerta de un antro de mayoría sin remedio, y el resto perdidos.

El hidalgo en cuestión se llamaba Filipo Carrizales, y tenía diecinueve años más un mes de peregrinaje que no le había servido. Entró con los glúteos cansinos, justo en el momento en que un borracho subido a una mesa pronunciaba el siguiente discurso:

—Mi hacienda que ha contribuido al recato, se hunde en este último puerto que no le hace propósito... Rico y tocado por la fortuna, vuelvo a objetivos pospuestos…

Filipo sacó sin zozobras una moneda, se encaminó hacia el tabernero grasiento, con tierra, con

olor a muertes en su haber, y depositándosela en la mano, pidió le rellenara su bota. En el trasiego, terminó de observar al borracho sobre la mesa que entre otras cosas decía:

—Aunque no coma y no duerma, aunque hable y no pare de bailar, la puerta de mi casa no será golpeada por la pobreza, ni por los cuidados que acarrea…

Aburrido de la perorata, comenzó a pasear la mirada sobre los parroquianos, que si alguna vez fueron humanos, ya habían vencido a sus conciencias. Entre trago y trago, contempló Carrizales las barras de miserables, que rejuntados de bajos oficios y bajísimos, todos eran peritos en la añagaza, unidos por la pasión de lo infructuoso. Aquí, dos personas firmaban el compromiso de compraventa de sus propias carnes; allá, hasta la patria le era quitada al pobre, que con poco tino se desprendía de ella jugando baraja; acullá, la vida de un buen vecino pendía de un ajuste de tarifas.

Una estocada en el vientre del borracho atrajo la atención de Filipo, e impidió culminar la inspirada arenga:

—Tan así desbaratada, como hace niebla el hombre sin imaginación…

Vaciada la bota, moneda mediante fue reabastecida, y después de algunas recargas, comprendió mejor lo que en aquella taberna ocurría, que no era otra cosa que dejar hacer al diablo disfrazado de la vida. El muchacho resolvió probar de aquella peregrina suerte que el ocaso ofrecía, pues, en definitiva, si no le gustaba, al alzarse el día se iría de regreso a su casa, donde lo extrañaba una madre amorosa, capaz de ablandar el corazón de piedra del viejo Carrizales, consumado mezquino y usurero. Pensando en esto, Filipo se puso a espiar entre los muchos, a unos pocos que rondaban el dudoso nombre y el cuerpo hermoso de una equívoca doncella que por bailar muy rápido no podía detenerse, causa por la cual esos pocos debían hacer discursos dinámicos y envolventes:

—Hermosa —decía uno con daga encubierta—, presencia rica; niña, años pueden pasar sin que caigan sobre ti sospechas; y no es condición para que no haya esperanzas que hijos no te haga.

—Con o sin dote —decía otro —, no hay que hacer caso a los matrimonios, sino a los gustos que la vida ofrece antes de los disgustos, que aquellos se acortan cuando estos se extienden.

—Está el que quiere —decía otro más—, pero el que ama le gana. Y este amor es la intención y la calidad de la persona con quien habla, quien ruega por entenderse por cualquier vía, incluso la monetaria.

Mas con todo el galanteo, los potenciales amantes despidiéronse a la carrera de Leonora, y quedó Carrizales viendo un pecho casi salido del escote, un viejo que antes de guardárselo embistió tan rabioso como achacoso a los tres libertinos, y un espacio vaciado prudentemente alrededor de los dos personajes.

Muestra de su condición de trajeado a medida por el mejor sastre, de sobrarle cuerpo y espada para dar batalla a cualquier valetudinario, de hallar valor suficiente para desviarse hacia peregrinaciones menos virtuosas, tomó la decisión de probarle la niña al viejo. Como nadie conocía al aventurero, como nadie pensaba que existiera alguien tan estúpido para

dárselas de intrépido ante Sorsalino Rosales, y como todos ya estaban acostumbrados a que después de los entremeses cada quien se retraía en sus caros intereses, caminando sobre ella, halló la polvorienta calle al caduco y a la rozagante, y veinte pasos más atrás, al mozalbete con la cuenta perdida de las botas recargadas.

En la penumbra lunar de silencio, de postigos cerrados, de algún gato tras alguna rata, Filipo evacuó la vejiga al costado de la postal, escribiendo una larga frase con sus aguas. Apurando el paso para no perder de vista la caza, más de una vez lo disminuyó para no ser descubierto. Entre tramo y tramo, por la ciudad fueron descendiendo los dos adelante más uno atrás, hasta un barrio de casas puertas caballerizas pajar, donde, siguiendo una larga línea recta que no hacía otra cosa que repetir las amorfas construcciones, llegaron a una casa puerta patio. El provecto revolvió entre sus finos trapos, y sacó una llave que hizo girar en una cerradura, mandándose adentro tras la moza.

Borracho, perdida la bota por el camino, la vejiga nuevamente

reventando, Filipo se descargó contra la puerta y, parado sobre su propio charco, se agachó hasta reposar contra el agujero de la cerradura, para que su vista pudiera quedarse casi quieta. Aunque nuboso, pero suficientemente iluminado por una gran lámpara, el hidalgo peregrino vio entre un rico menaje, ostentosas tapicerías, dorados doseles, blanquísimas sábanas, bancos de ébano, carnes sazonadas, provisión para todo el año, esclavas desnudas encadenadas contra una pared, cabezas en una pica ensartadas, tortas sabrosas, aceitunas y cebollas en conserva, regalos para Navidad, cédulas robadas, y otras tonterías que no lograron conmoverlo, pues a medida que el vino refermentaba, más enamorado estaba. Como escuchó que el viejo hablaba, pegó el oído donde antes el ojo:

—Dígame, Leonora, qué más discreto, ¿prevenciones?, ¿seguridad? Dentro de casa usted no me puede ser infiel. Jamás oyó a esos perros. Dígame qué género de día y de noche quiere. Dígame que él ronda su casa y yo frente le haré. ¿Es él? ¿Es la fiebre del goce de antaño? Dígame si prefiere al Chivo

Blanco, donde usted competiría con otras hembras, en otros boscajes, en largos inviernos con criadas disolutas.

Después de unos instantes, Leonora contestó, con deliciosa voz:

—¿Descubriría plata en sus canas? ¿Usted sería capaz de soportar el sello del Chivo Blanco en mis…? ¿Le parecía que podía secuestrarme en estas paredes casa? ¿Acaso aquí se da misa y se recoge oro?

El viejo respondió anhelante:

—Leonora, no voy a mentir, ni me voy a excusar. Usted pretende ser un caído, pero a mí me palpita que es de género holgazana, comúnmente de barrio y de vecino, aunque más atildada, y miente sobre la manera en que la guardan. Desde que la vi, todavía no la he poseído, empero eso ha de terminar hoy, pues he elegido esta noche para dejar de ser virote.

Entonces, Carrizales quitó el oído y puso el ojo, viendo a Leonora compungida, sentada sobre la cama, atesorando sus lágrimas sobre la falda; a Sorsalino, sirviéndose con ahínco un vaso gigante de vino, estrechándola con la mirada.

El viejo se encendió las mejillas con el rojo líquido, y comenzó a dar vueltas alrededor de la cama, lanzando atisbos en derredor, acaso sospechando que alguien lo espiaba, acaso analizando si su fortaleza era inexpugnable, acaso deseando hacer una limpieza general. Sin decidirse a tomarla por la fuerza o comenzar el galanteo, tal vez despreciando el poder del Chivo Blanco o tal vez temiéndolo, Sorsalino Rosales continuó hablando:

—Dejaré a mis amigos, enterraré mis esclavas vivas si no quieres ayudadores... Así mi vida se vuelva dificultosa y sin bureo, así mi camisa ya no esté cómoda y limpia, así tenga encima unos vestidos remendados y pobres y astrosos, así tenga que vender mi ojo y vendar el hueco o vender los dos y mis huesos para convertirme en el tullido de la ciudad, así de vivir con holgura pase a pedir limosna por las puertas de las casas a las que ya haya pedido, así tenga que conseguirme un puesto de músico en algún rincón grasiento de alguna plaza y ponerme a tañer un instrumento para regocijo de moros y negros y gentes con

muletas, Leonora, quiero que te cases conmigo.

—¿De verdad harías todo eso por mí? —preguntó Leonora, con los ojos chispeantes y la voz alborozada.

—Cinco veces lo haría, y más si me lo pidieras...

Dicho esto, Sorsalino tomó una guitarra de entre una montaña de cadáveres que se había comenzado a desmoronar, y, sacudiéndola para quitarle las aceitunas y los dátiles que tamborileaban en su interior, se arrodilló frente a la muchacha, afinó la cascada voz vaciando el vaso gigante, y, si caben los verbos, se puso a tocar y a cantar una estrambótica canción:

¿Sed de agua o sed de cantar?
No, nadie tiene llave ni hay
¿Dónde pueda haber?
Es celoso el hombre que supiese...
Mas tú ¿eres mi agua? Yo estropeado soy
Vida, estoy pidiendo y esto no enseño a otra
Son los que pueden tañer porque ya han pagado mejor...
En lugar de cantar, ¿es posible abrir tus puertas?

Donde sacar la guitarra y ¡a tañer sin saber!

Qué gracia he oído vos tenéis habilidad virginal, lo que puedo hacer es poner el órgano de voz atiplada y cantar muy mal...

¡Muy mal!

¡Muy mal!

A estas alturas, Filipo ya no entendía nada. Sin embargo, lo que narró, poco se diferencia de lo que escucharon y vieron vecinos y gente que concurrió al lugar, que fue más que menos así:

El viejo Sorsalino, agotados los remilgos, estaba a punto de lanzarse guitarra en mano sobre Leonora, cuando se escuchó un fuerte estruendo, como si una descarga de cañón hubiera hecho estallar la pared lateral de la casa establo palacio, fenómeno que depositó a una figura bicorne, figurísima en los anales de las historias pervertidas y malditas, muy conocida como... ¡el Chivo Blanco! Entonces, Leonora escondió sus vergüenzas dentro de las polleras que ya habían sido levantadas por el provecto, y se refugió debajo de la cama, tan terrible sería la lucha que se avecinaba.

Aparentemente, según versiones de viejas celestinas, Sorsalino Rosales no era Sorsalino Rosales, sino que se trataba de un brujo moro, más viejo que Simón el Mago, conocido por las brujas sevillanas con el nombre de Jarifa Sofí Tomunibeyo de la Zarabanda. Este gran brujo, debía saber perfectamente bien las consecuencias que traería el fornicar con una golfa con el sello del Chivo Blanco grabado en las nalgas, y sobre este punto hay varias teorías, entre las cuales, algunas afirman que Jarifa Sofí realmente quería enfrentarse al Chivo Blanco, pues en materia de libertinaje siempre existen este tipo de reyertas; otras, dicen que Jarifa había perdido mucho de su antiguo poder, que incluso había sido atacado por la gota y la demencia senil, y que había olvidado el característico y viril celo del Chivo Blanco; otras, mencionan una profecía, la cual señala que, cada mil años, los representantes de las dos potencias que gobiernan el mundo, el “mal” y el “mal mayor”, se enfrentan ciegamente para restablecer el equilibrio maligno del

universo; y otras, que no son suficientemente serias.

En fin, los vecinos concuerdan, más o menos, en que el viejo Sorsalino, transfigurado en un negro musculoso de tres metros, atajó el embate del Chivo Blanco con sus calzones, tronándole la voz:

—¿Qué eso si cómo meteros?

A lo que el Chivo Blanco contestó con una muestra de buen esgrima recurriendo a sus cuernos. Jarifa se tiró al suelo y le anudó las piernas al cuello, haciéndole una llave que no sabría hacer ni el mejor cerrajero, y, sin perder la voz, exclamó:

—¡Consumado de cuernos! Quiero casarme con tu maestra.

El Chivo Blanco saltó lo más alto que pudo, y dio un cabezazo contra el suelo, es decir, contra la ingle de Jarifa Sofí.

—¡Trueco en ser!

Dicho esto, el brujo quedó como si estuviera construido en goma y chapa, con tablas desclavadas, también relleno de paja, por lo que la pelea se complicó sobremanera. El Chivo Blanco no soltaba a su enredado, y fue martillando por el piso y las paredes de la casa porqueriza, hasta que el

ruido o los hechizos de Jarifa despertaron los cráneos ensartados en las picas, quienes se quejaron del alboroto mordiendo los cuartos del Chivo Blanco.

—¡Venga y tenazas! —gritó el brujo, y sus piernas se convirtieron en la herramienta deseada, que hizo escupir leche al cuadrúpedo bicorne.

¡Terrible pelea! Media hora de golpes de chapa, media hora de virtuosos ganchos y fintas y llaves, media hora de daños infringidos del mal contra el mal, y todo para que, ¡terrible coincidencia!, Filipo Carrizales, peso muerto contra la puerta orinada la tirase, y por ella, tras incontables rebotes, salieran picando los oponentes cuesta abajo, hasta perderse en la línea del horizonte que ya empezaba a clarear, mucho más allá de Sevilla...

Filipo, noble peregrino, replicó a su mente tanta falta de entendimiento, y como ya no estaban ni las esclavas ni los muertos revividos ni Sorsalino ni el Chivo Blanco, la hermosa Leonora se apresuró a salir de debajo de la cama y a resumir las cosas increíbles que habían acontecido en un puñado de coincidencias pintadas

apresuradamente con el color de la realidad.

—Dios... Al moro no dejéis cantar aquí, ni guitarra, ni tonadicas... Señorita, me quiero casar con vuecencia. No reparo en gastos, estoy enamorado y me quiero casar.

—En buenahora —se apresuró a decir Leonora, que ya había calado al poco avispado mozalbete, dando por perdidos a sus antiguos amores.

Acabado el coloquio y comenzado el romance, se confirmó la propuesta de matrimonio bajo juramento, y la muy pescadora no entregó su atún hasta no estar confirmada la venta. Pero aquí se omiten cuestiones referentes a festejos y descripciones, y sólo se plantea la duda que queda, que surge desde el lecho matrimonial de Filipo y su señora… ¿Qué pensaría el Carrizales cuando, sumido en lo profano, veía el terrible tatuaje peludo con que el Chivo Blanco sella por igual a sus esclavas, alumnas y maestras?

LA CAÍDA DE ÚRSULA

I

Larga especie de prólogo para un súbito fin

Cuando había caminado durante todo el día de un cochino otoño, con mis pies esperando desembarazarse de mis piernas y así poder hallar felizmente la muerte; cuando las nubes se cernían anunciando lluvias torrenciales que me matarían por hipotermia; cuando ya había cruzado solo el país, pues el caballo no había resistido tanta intemperie y había muerto al mes de cabalgarlo; cuando el atardecer me tentaba con el suicidio, encontré al fin la maldita casa de Úrsula.

A la primer mirada que eché al edificio, así como unos encuentran el amor de su vida, a mí me invadió la tristeza. No es que tuviera ideas infundadas, que fuera un tonto

idealista, pero la fachada me empezó a molestar de a poco, tornándose en algo insoportable… Los que me recomendaron el viaje, me habían contado que sus muros tenían obscenidades poéticas, que sus primorosas estatuas incitaban al arte amatorio, pero a mí, las cariátides amorfas y los mármoles de mujeres naturales con sus calzones medio bajos, me resultaban austeras.

Miré lo que quedaba del paisaje oscurecido de golpe, demasiado sencillo para mi gusto entrenado en los deleites del buen vivir, en la sofisticación de los placeres animales, en el dominio de las pasiones moderadas para la emancipación de las exageradas, y si hubiera tenido los ojos vacíos hubiese sido lo mismo, pues para qué ver las ralas hierbas, troncos de árboles agostados, rocas como calvas de oficinistas, conjunto comparable con la degradante sensación terrena del equilibrio emocional… Amarga caída del velo de lo que yo imaginaba fastuosidad y concupiscencia. Era una frialdad del corazón, pero la irremediable fantasía no me dejó desviar los pasos de vuelta a la derrota, así que los

puse hacia el castillo, y no me detuve en el desaliento ni en la contemplación estéril. No podía ser vencido por una congregación de insatisfactorias dudas y conclusiones tan así porque sí. Reflexioné, y me juré que al menos una escena le robaría a la promocionadísima Úrsula, así fuera lo último que fornicara en mi vida.

Procediendo de acuerdo con estas máximas, hice equilibrio sobre un crujiente puentecito, y crucé las escarpadas orillas de un estanque cortado por el brillo repentino de la luna. Los juncos grises y las ventanas como ojos me espantaron un poco. Me apuré hasta llegar a las puertas, más sobrecogedoras de lo que a distancia contemplé.

Golpeé la aldaba… Proyectaba pasar algunas semanas gastando mi dinero, pues había sido uno de mis muchos años de buenos negocios y el dinero por el dinero me aburría y me daban ganas de malograrlo. Había transcurrido mucho tiempo desde que no me regalaba suficientes manías, maldito fuera si seguía viviendo un mes más tan frugal, que no era mi espíritu, ni lo consideraba buen destino.

Dentro, se escuchó una tos catarrosa, y luego se abrió la puerta gigante, que me recordó alguna c… por la cual yo había pasado prácticamente sin dejar rastro. Apareció un tipo vestido a la antigua, flaco, alto, tocándose el corazón mientras tosía, que entre una lluvia de expectoraciones se presentó como el hermano de Úrsula. Pensé que algo raro habría, porque con todo el dinero que debía congregar, no le daba para pagar un raído mayordomo distinto a su hermano. Podía ser también, que el otoño extremo y el invierno por venir, aconsejaran a la perra ahorrarse unos óbolos, o, por qué no, ya no sería tan joven y estaría pensando en proporcionarse un equivalente a la jubilación.

—Pase —dijo, y en consecuencia obedecí.

Un requerimiento singularísimo se me solicitó, según el hermano de Úrsula, a los camaradas íntimos se les solicitaba, y era que uno debía quitarse los pantalones antes de seguir avanzando.

—Pero está frío de verdad —protesté.

Con tono excesivamente reservado, propio de su antiquísima y putaína familia, me volvió a indicar que debía quitarme los pantalones, que todos los camaradas íntimos por no decir los clientes de su hermana se los quitaban sin desplegar numerosas y elevadas objeciones; o tal vez yo tenía conceptos equivocados del honor de esa casa, y si así era me tendría que pedir mi inmediato retiro, y mi vuelta al frío.

—Caballero —dije con voz grave, quitándome los pantalones—, ya he estado en otras obras de caridad, con generosas y apasionadas devotas de la belleza ortodoxa, así que no es el problema; sólo que hace frío, deseo calentarme las piernas y si es con la venerable mejor. Pero a decir verdad, desearía primero buena comida, bebida, y un descanso reparador por las pérdidas de energía que me ha producido la duradera caminata que sin caballo me dejó.

El hermano de Úrsula sonrió, siguió caminando y tosiendo por un extensísimo pasillo con una docena de habitaciones, silencioso.

Aquello cada vez me extrañaba más... No había conocido prostíbulo ni cabaret ni sinónimo que tuviera

tales características; en otras palabras, la línea de descendencia directa o de transitorias variaciones de lo que puede llamarse casa de putas, no hallaba analogía en ese castillo frío donde uno debía andar sin pantalones. Recordé lo bien que me habían hablado del lugar, claro, teniendo en cuenta que las referencias estaban circunscriptas en la primavera o verano; pero a quién se le podría ocurrir que una meretriz, así fuera la más codiciada del mundo, no trabajara en determinadas épocas. Sin embargo, tantas asimetrías empezaban a asustarme... Después de todo, podían robarme, o robarme y asesinarme, o robarme y asesinarme y violarme, o intercambiar actos de acuerdo al distinguido gusto del castillo.

Pensando infantilmente —porque en las casas de libertinaje no ocurren, o no suelen ocurrir así las cosas, supongo que la atmósfera había insuflado tales temores en mi renegrido espíritu—, imaginando tonterías, quedé con las nalgas al aire y el pantalón en la mano, en medio de un gran comedor, con una mesa dentro de un estanque, encima de la cual sobreabundaban las

fuentes para servir alimentos, dentro del cual nadaban peces carpa. Tan ridículo había sido el gusto de quien había decorado el comedor.

Caminé hacia el estanque, con ánimo de observar más detalladamente el extravagante objeto pecera que contenía a la mesa. Fue al bajar la mirada, fue al dar coletazos las carpas, que una imagen en el fondo surgió mezclada con mi propia fantasía, para mostrar la vívida fuerza de una docena de vergas erectas, plantadas como anémonas de mar... Mi imaginación estaba excitada, demasiado excitada, como mi estómago estaba hambriento y mi trasero congelándose, no digo nada de las piernas porque ya no las sentía. El recinto exhalaba un vapor pegajoso, como exhalado del infierno más gélido.

¡Qué diablos!, había tragado cansancio, hambre y frío con los bolsillos repletos de dinero para tratar con la ponderadísima, recomendadísima Úrsula... y ahora me encontraba en un comedor pecera opaco, pesado, rodeado por muros grises.

Sacudiendo el sueño, examiné más de cerca la superficie de la

mesa, y me di cuenta del trastorno, pues su rasgo dominante parecía ser una decoloración en la madera producida por el tiempo, y las doce anémonas no eran vergas sino platos y cubiertos, y el estanque no era más que el brillo del piso lustrado, espejismo o fenómeno similar, causado por las treinta velas suspendidas a un par de metros de la mesa, chorreando sebo desde la araña, quizás las gotas hubieran sido coletazos de carpas.

¿En dónde se habría quedado la parte de espíritu que animaba mi cerebro? Aunque en kermeses anteriores ya había estado cerca de perder definitivamente mi esencia, nunca había sentido tan próximo y objetivo el momento, con los síntomas evidenciando las más diversas formas de destrucción. Pese a mi entrenamiento, no dejaba de preocuparme.

Las necesidades básicas insatisfechas me sentaron a la mesa. Esperando que se me sirviera, traté de ser estoico frente a las punzadas de mi estómago, y contemplé el comedor. Parecía haber una extraña disgregación; o un críptico mensaje compuesto, por ejemplo, por un código de dos cucharas iguales a los

costados de un mismo plato, o tres cuchillos dentro de una fuente, o una montaña de tenedores casi al borde de la mesa. El conjunto, impregnaba no pocas señales de inestabilidad, de minucioso desparpajo, de profundas fisuras entre lo contemplado de lejos y lo visto en detalle. El altísimo tejado del edificio, que se veía entre las vigas, daba la impresión de querer venirse abajo; estaba entrelazado por una tubería que también recorría las paredes, ora en forma rectilínea, ora en zigzag, que podría ser parte de la calefacción, aunque a juzgar por el frío, había más posibilidades que fuera el conducto por el cual circulaba la sopa. Las sombrías aguas del estanque que había vuelto a aparecer, podían ser las goteras del tejado… Seguramente habría empezado a llover. A punto de extraviarme en nuevos desvaríos, por una breve calzada que se abría paso entre dos paredes, llegó un criado negro, de paso furtivo y silencioso, que me preguntó por su amo.

—Maldito lo que me importa tu amo, negrito. Sírveme la comida y te daré buenas propinas para que las

juntes y te las lleves a gastar en una vida honrada.

El buen hombre sonrió, y dijo que lo había estado persiguiendo a través de varios gabinetes, que se extravió de camino, y que eso contribuyó a la demora en la cena.

—No sé qué sentimientos, ni qué relieves de qué cielos rasos o paredes. Anda y tráeme la cena de una vez.

El ébano se retiró con expresión de baja astucia, lo que me dio a pensar que podría ser destronador de su amo, y éste no sería otro que el hermano de Úrsula.

Como la cena demoraba, seguí acariciando la abstracción, abriendo mis sentidos a los trofeos heráldicos que rechinaban con los truenos sobre una repisa en una pared donde colgaban retratos de la putaína familia. La cara de uno de los más viejos tenía la típica expresión de marica de uñas pintadas, y comencé a sospechar que ese lugar podía ser una broma de mis cofrades, que en la casa de Úrsula serían todos del mismo palo, para lo cual y a pesar de mi largo entrenamiento, no estaba preparado. Desvanecí esos pensamientos traicioneros que empañaban mi caro

concepto de la amistad y sus recomendaciones, y observé el resto de la habitación, con ganas de comer y dormir. Tenía ventanas largas, estrechas, tan grandes que seguían abajo del piso, y dejaban pasar débiles fulgores, no porque la tormenta se hubiera retirado, sino porque la mugre opacaba la luz a través. El comedor, con la mesa mal tendida, rodeado de cuadros de homosexuales, atendido por un negro inservible, tenía la rara propiedad de acolchonar hasta los ruidos de los cristales, pues hice la prueba de hacer sonar mi copa, y ésta produjo un sonido sordo, hueco. Sin alcanzar los más remotos ángulos del techo abovedado y esculpido con oscuros senos ensortijados, mis ojos somnolientos descendieron y se detuvieron en el moblaje profuso, indefinido. Era raro para un comedor, pero había muchos libros e instrumentos musicales, sobre todo de madera y cuerdas, que pese a la potencialidad de emitir música, no daban ninguna vitalidad a la depresiva escena. Un aire de dolor envolvía y penetraba el castillo de Úrsula.

¡De un sofá se incorporó un hombre! Del sofá donde se

repantigaban los violines y otras baratijas musicales, se incorporó un caballero bien vestido y sin pantalones, que me recibió con cordialidad al principio, calurosa vivacidad después, y latosidad al fin. Me convenció con su perfecta sinceridad de acompañarme en la cena, que instantes más tarde acarreó el negrito. En un momento en que dejó de hablar, en parte por compasión, le pregunté su nombre. El sujeto resultó ser Roderico Hustler, cuya identidad desconocía, pero me fue ilustrada por él mismo, y terminó siendo ante mi propensión al olvido, un compañero de la lejana adolescencia, de la hedionda y masturbada adolescencia. Su rostro había sido siempre notable por tener ojos grandes, líquidos, un tanto finos o achinados si se quiere, y por tener abundante cabellera; la nariz, ventanillas más abiertas que el c... de Úrsula; el mentón, finamente modelado, prominencia de algún país mediterráneo, quién sabe; y sin falta de los más suaves, tenues y excesivos modales. Pese a esas facciones y su expresión, pese a que dudé por la palidez espectral de su hombría, no se confesó marica, por sobre todas las cosas.

Comimos buenas aves, algo de cordero, huevos en su mayoría crudos, condumios mojados en salsas picantes, y, de postre, el mismísimo mayordomo nos sirvió de la cañería que bajaba del techo, sopa de remolachas. Satisfechos, eructamos con estridencia, y mi compañero se entregó a chupar un deleitoso habano remojado en láudano. Nunca fumé ni me drogué, sabía que el tabaco y la droga quitan capacidad pulmonar, y la necesitaba para mis maratones.

—Si los caballeros desean —dijo solemne el mayordomo, interrumpido por la tos—, pueden pasar a las habitaciones, a descansar…

—¡Maldito! —exclamé—. Quiero ya, el c… de tu hermana.

Dicho esto, el hermano pareció ofenderse un poco, mas al ver que mi encorvado comenzaba a enderezarse, comprendió que no bromeaba ni ofendía porque sí.

—Entonces —habló dominado por la templanza, tragándose la tos—, ya satisfecho el desheredado, y dispuesto a pasar a otros niveles de humanidad, deberá despojarse de lo que transportan sus bolsillos.

Le arrojé el pantalón que atrapó en el aire, que tanteó contra su cuerpo, que olfateó con descaro, llevándoselo sin replicar.

En las maneras de mi incontinencia, descubrí débiles y fútiles intentos por vencer la agitación nerviosa. A decir verdad, esa naturaleza tan impetuosa, abarcaba reminiscencias juveniles de mi temperamento réprobo. La voz arrolladora, es la voz que surge cuando el espíritu vital carece de concisión. Maneras lentas, perfectamente moduladas, las detestaba. En fin, volví a sentarme, el tieso tocándome el ombligo, a esperar a la hermana, gran puta y rea.

Roderico Hustler, opiómano incorregible, durante los períodos de lucidez que le dejaba el habano, me habló del objeto de su visita, que no era otro que el de cualquier chupador, con cierta extensión del solaz que él consideraba un mal brillante y necesario, un mal al que no había que hallarle remedio; una simple pasantía por las sensaciones anormales, algunas de ellas que a mí mismo me interesaron y me desconcertaron en otros tiempos, pero que ya había abandonado por

cuestiones de estilo general. Y ya estaba por arrojarle a la cara sopa de remolachas para que se callara de una vez por todas, cuando apareció de entre el sofá de instrumentos de cuerda, Úrsula...

No podía vestir sino ropas de flores, que le daban un aspecto de debilidad que no tenía. Su mano derecha depositada entre sus nalgas, portaba una correa con esclavo sometido, negro azulado, de dientes afilados a sierra, tal vez le gustaba que la mordisqueara. Ojos de puta, los torturaba con mi alfanje, y se relamía. El sedoso cabello, en su desordenada textura alrededor del rostro, era afín a su enmarañada apariencia. Era bonita, y el vestido de flores me impedía decir mucho más.

—Moriré —dijo dándole un tirón a la correa, para que el negro le lamiera los pies—. Moriré de locura. Así, así —se chupó el dedo—. Temo los sucesos del futuro por sus síntomas. No aborrezco el peligro, hablando en absoluto: el terror. Tal vez deba abandonar la vida, y hallar la razón para ser un torvo fantasma.

A través del rasgo singular de su declamación, vi claramente su condición mental, sus supersticiosas

fantasías, y lo relacioné con la morada en la que durante tantos años se prostituía. El castillo era una influencia material, fuerza palpable en las paredes oscuras, en el estanque que comenzaba a ver en la mesa.

—Su muerte —dije—, me importa mierda.

Mientras hablaba, Madeline —así se llamaba el esclavo— desapareció arrastrando la correa.

—Todos me abandonan —fingió un gemido—, pero vuelven con mayor ahínco.

Supongo que quería impresionarme con la representación teatral del marica de su esclavo que volvió con un látigo para que le azotara las nalgas.

La miré sin temor, y, sin embargo, una sensación de estupor me recorrió el espinazo… Sus atisbos, sus pasos que se alejaban por una puerta que se cerró detrás de ella, el semblante del hermano que la seguía como si fuera otro esclavo, indicaban que el juego había terminado, y que en adelante vendría lo duro.

II

Lo poco que se muestra dice mucho más de lo que se dice

Recuerdo que estaba tendido sobre la mesa dentro del estanque donde nadaban peces carpa peinados por anémonas de mar plantadas como vergas, cuando dos enanas rubias terminaron por desvestirme, olfateando extasiadas los perfumes amargos que las prendas concentraban, desvistiéndose ellas también. Había que apreciar la putaína naturaleza en todas sus sabias formas.

La disfunción eréctil del opiómano incurable de Roderico Hustler, no le impedía manotear los taparrabos que cubrían a las enanas retorcidas de felicidad. Todos aplaudían la destreza del drogadicto mordisqueando vellos rubicundos, pero más que nadie las exultantes de corta estatura, que hallaban gran

reconocimiento en la actitud, porque es bien cierto que no pocas veces a las enanas las sacan de las funciones religiosas a patadas en las jorobas.

Madeline, reía mostrando sus dientes afilados a quince grados de ángulo, y los hincaba en el desparramo de carnes asadas; también hundía el hocico en la sopa de remolachas, devolviéndole la prestancia que tenían sus antepasados cuando disfrutaban banquetes de sangre.

El hermano de Úrsula, mayordomo homosexual digno de antonomasia a quien la actividad curaba la tos —no sé si es correcto que recién ahora lo mencione, pero creo que se llamaba Inés—, y el negrito que había aparecido antes de la cena buscándolo —creo que se llamaba Joselo—, estaban abrazados, besándose, parados con el agua del estanque por las rodillas, contemplando enamorados, románticas escenas.

Sentí la tibieza en el bauprés, la delicada tibieza de la boca de Úrsula, divina succionadora entrenada por los ángeles caídos en los estanques más bajos. Las manos de ágiles dedos, se extendían por las zonas sensibles de mi cuerpo,

accionando resortes susceptibles. Compenetrada en el oficio, llegué a ver su hermoso rostro —los rostros más hermosos son concedidos a las personas más prostituíbles— humedecido por apasionadas lágrimas, las lágrimas que derraman sólo las que han nacido con verdadera vocación.

¡Pero un momento! En medio de la fiesta, tuve una revelación, que a falta de lápiz y papel, hube de memorizarla pese a mis lagunas mentales, y gritarla haciendo retumbar el comedor del castillo:

—¡Si la Providencia ha de castigarme por mis males cuantiosos, sé por experiencia ajena que será injusta, porque el caso mío no es distinto a otros! ¡Por ende, haré un favor a su miserable lógica, y simplificaré mi castigo tomando el mayor de todos, con la conciencia mejor dispuesta al mal absoluto! ¡Providencia! ¡Quiero el mayor castigo para el mayor mal! ¡Quiero la tortura eterna, la eterna maldición, quiero que mis días sean insoportables, así probaré el infinito de tu error, pues no podrás consumirte en tu propio odio, tu odio es mi bendición…!

Parcialmente, los depravados soportaron mi proclama, y pronto volvieron con la firmeza que tiene la gente de fe, a la carga en la cama que era mesa de comedor, dentro de su estanque con vida acuática. El hermano de Úrsula o Inés, entrelazaba su lengua con la del criadito negro o Joselo, y acariciábanse las piernas contra piernas, y se ludían vara contra vara. Con inexpresable agitación, Roderico Hustler milagrosamente no fumaba su láudano, en cambio chupaba en forma alterna las ostras rubicundas de las enanas que se miraban y se reían, y acariciaban la ensortijada cabellera del drogadicto. En cuanto al esclavo con extravagante intervención odontológica, se hallaba entregado a la melancolía de mirar su sable como a un amigo que se quiere abrazar y besar, mas no lo podía efectuar, tanto había comido que no podía doblarse sobre sí mismo. Úrsula y yo, pintábamos como en un sueño con elocuente musicalización para guitarra, los más arquetípicos modelos de la pornografía. Gracias a los huevos crudos y a las salsas picantes, cada embestida ensanchaba el recóndito escape de

su alma; gracias a las carnes, mi espíritu salía generoso y solidario con Úrsula, bienhechora de la bonhomía física y moral.

Cada músico de esta loa enfebrecida, siguió tocando notas y acordes virtuosos por espacio de horas tal vez, qué importa si en el castillo siempre era penumbra. Malditos todos, hasta Roderico Hustler que exhibía su disfunción eréctil, habíamos aprendido la humana lección de refinar nuestros órganos, para paladear los gustos más sofisticados concebibles, los que hacen que las almas decapitadas nos juzguen como poseídos satánicos. En fin, siempre tendré presente el recuerdo de Úrsula llorando a moco tendido, gritando que yo era su amo, pues el fajo de billetes en tal cosa me convertía, y jamás olvidaré al esclavo dentudo, que me mostraba una risa tocando sus orejas, zurrando a su ama con un vergajo... Con su carita pervertida, no pude más que finalizar el capítulo a los pedos.

III

Un desenlace con poesía

Habrían transcurrido no más de siete días, cuando abrí los ojos en mi recámara, no muy seguro de habitar la realidad. Un fulgor sulfúreo atravesó los postigos cerrados, y me pareció escuchar improvisados cantos fúnebres, que misteriosamente resonaban en el castillo, lamentos que conservo clara y dolorosamente en la memoria, como el último vals bailado la noche anterior con Úrsula.

Me paré como me lo permitió la imaginación, y comencé a sentir un cierto hartazgo de todo…

Salí al pasillo, y me encontré algo más que la desnudez de Roderico Hustler, pues también su muerte lo rodeaba como un halo, como un chorro de humo opiáceo. Roderico Hustler no era mi amigo, empero el cadáver, lograba proyectar en la tela de mi apuñalada conciencia, una sombra que nunca

había sentido ni en las peores fantasías. Mi lánguido despertar mostraba señales concretas de la caída.

Mareado, algo sofocado, caminé tanteando las paredes hasta el comedor, donde, con un zumbido y una especie de estruendo en el pecho, en vez de la mesa repleta de carnes, huevos, salsas picantes y degenerados arrancándose las pieles, vi una bóveda o túnel, inmensamente largo, con elementos accesorios que servían para excavación. Amanecidos antes que yo, los inmundos se hallaban en la entrada, observando la mucha profundidad, que no contaba con asideros ni antorchas. Lentamente, un punto fue creciendo encima de nosotros y un haz de intensos rayos bañó el conjunto espantado.

A este fenómeno insospechado, se sumaron los efectos sonoros de los instrumentos de cuerda del sillón, desarmonizando con todo, produciendo un ruido de impromptu aterrador. Debían ser las notas como las palabras que pocas veces acompañan a los dioses, que después de extensos recogimientos en el trasfondo mental, deciden

intervenir directamente en la realidad. El producto de estas rapsodias alucinógenas que podían haber escapado del alma podrida de Roderico Hustler, terminó abruptamente con la aparición de un trono, sobre el cual iba sentado un caballero con el rostro de un chivo blanco. El intenso ruido nos hacía tapar los oídos, y las luces perforaban nuestros cerrados párpados. Sonidos de trompeta o pedos atronadores, del asiento surgieron los versos irregulares que decían poco más o menos:

Erguíase un palacio lleno de degenerados
¡Dominio del rey Pensamiento!

Y nunca un serafín fue tan cosa bella.
Amarillos púbicos, pendones áureos, gloriosos.
Jugaba en tan gozosos días la pelvis se expandía
una fragancia alada en el valle de los mugrientos.
Los espíritus veían su perdición
danzar en torno al trono donde el bicorne comía.

Ella sentábase con el señor rubíes y perlas

era el lugar donde un río de semen de ángel fluía.

Los ecos, instrumentos de cuerda en sillones, cantaban por altavoces.

Y el soberano, gemía de dolor al perder su ninfa serafín.

Más tristeza, aquel dominio del luto. ¡Nunca más lo permitiría!

En torno del palacio, los rubores, determinaron la falta de vergüenza,

el fin es sólo cuestión de tiempo.

Y los viajeros por las ventanas ahora rojas, veían copulaciones del serafín tan cosa bella y su ninfa

en fantasmales discordancias, eran tocados los instrumentos.

Por la pálida puerta ríe... el señor rubíes y perlas se había ido

pues lo llamaban los ruegos

nacidos fuera del rey Pensamiento

¡Y todo fue corrupción!

Donde se manifestó una vez el serafín tan cosa bella

no por su novedad pues siempre los hubo
reinó el horror y la depravación
hasta que al final de los tiempos,
llegó con gloria de estrofas, para arrancarla de la tierra
para aliviarle los males
para castigar al malvado.

¡Y todo fue llanto y crujir de dientes!

No entendí nada, por lo que nada podría explicar, menos los versos, y menos aún la obstinación con que los desordenados mentales, invadidos y poseídos por única idea, cavaban. Las enanas, el mayordomo y su amante, Úrsula y el esclavo, se hundían frenéticos, único momento en la vida que habían decidido trabajar, sin dudas el peor.

Ya los cuadros de los antepasados encendían hogueras, y las piedras llovían por los numerosos agujeros que habían dejado las luces al evaporarse. Me faltan palabras para expresar el abandono de mí mismo, extrañado, atacado por algo que algunos podrían llamar "solidaridad", buscando la

persuasión para que los imbéciles dejaran de cavar y huyeran del lugar, que hedía a tumbas y a castillos quemados.

Hui marchito como los árboles circundantes, hui para entregarme a la silenciosa noche, que comenzaba a ser conmovida por la caída de siglos modeladores de los destinos de degenerados.

...Lejos del peligro, vi al castillo enfermo desplomarse encima del puñado de sátiros que le cavaban un hoyo, el hoyo que sería última morada.

IV

Epílogo para todos, pero mejor para los que entienden

Ahora, ahora que escribo estas líneas, mitad tósigo, mitad linimento, deleite rarísimo y curiosa llaga, no puedo dejar de pensar en el fatal desenlace, en el castigo divino ejecutado, en Úrsula y los demás, con intención sublime sepultados.

Ahora, que el humano motivo se ha reincorporado en mi espíritu, he tomado la decisión que alivia mi enfermedad que no es para médicos, de narrar, recurriendo al lenguaje soez que impertinente hablaba, así me avergüence, pues no he de negar la poca persona que fui, tan extravagante y opuesta a razón. Uno de los hechos que lo demuestra está ut supra, en cómo vi al enviado divino castigándonos.

A pedido de otros hermanos que en mejor camino se hallan

realizando los preparativos para la sepultura de sus temporarios pecados, para que al menos en la cripta se los perdone, escribo esto. Ojalá sea pequeña luz, o chispa que encienda antorchas.

Detrás de este largo pasillo abovedado, detrás de la puerta de viejo roble, protección inmensa, peso de mis faltas, de chirridos agudos como los gritos de mi alma, escribo; en este cuarto fúnebre, donde a conciencia me he retirado, mirando en mi magín la cara de Úrsula, años ha enterrada, ya sin estremecerme, escribo; sobre estas hojas descoloridas, marchitas como mi corazón, para que otros ojos no guíen el alma a través del instinto, para que no quede muerta, para que se vea qué tan terrible es la vida disipada…

Hermanos, comprendan que ustedes respiran pecado. Comprendan por fin, que el camino que no es de ciencia y filosofía, sólo lleva hacia lúgubres fatigas. En este aposento con rumbo veraz, una luz que no se ve me recuerda la batalla por recuperar mi esencia, y mi voz ya no tan trémula pide redención. La vida agitada lleva a la muerte rápida, y la calma a divulgarlo.

¿Cómo escapar si no, a la profundísima locura? La locura se mueve a pasos lentos pero seguros, en supersticiones fantásticas y contagiosas…

Es hora de finalizar.

Amén.

Á y B
o
Álvaro y Biondetta
u
—¡Oh!, mis hermanos, las cosas nunca son lo que parecen.

1

De capitán a mago, sólo basta la luna en el lugar adecuado

A los veinticinco años yo era (aparte de tonto) capitán de los guardias del duque de Toscana. Mis camaradas eran un poco más alegres y atrevidos, y me empujaban hacia reuniones en que no faltaban

la bebida, el juego y las mujeres. De ese modo nos resultaba difícil cuidar la bolsa, y al desinflarse ésta, deponíamos las armas para entregarnos en los cuarteles, de manera muy modesta (se entenderá), a la filosofía.

Una noche, después de que los más licenciosos despidieran a una aspirante a monja en vías de arrepentimiento, agotado el último frasco de dulce vino chipriota, a algún colega se le ocurrió fanfarronear sobre la cábala, dándonos a entender sus dotes de cabalista. Otro le siguió dando cuerda, afirmando que era una ciencia real y, bien ejecutados sus métodos, podían obtenerse resultados sorprendentes. Los más jóvenes se burlaban por lo bajo, y de entre ellos el más cristiano, lo acusó de crédulo. El mayor de todos nosotros, de nombre Iacopo, flaco y largo como su pipa de arcilla, no decía palabra, nos observaba desde la sombra, y mantenía su aspecto glaciar. Si no fuera por las bocanadas de humo que cada tanto contribuían a densificar la nube de su propio cuarto, se diría que había una estatua rodeada de papanatas.

Agotados los alicientes, la tertulia se fue disolviendo hasta que quedamos la estatua y yo, que en fiestas y reuniones suelo ofrecer el mismo grado de compañía. Al retirarme, tosió para detenerme, y luego soltó un chorro de humo antes de hablar:

—Joven, acabas de oír mucho ruido y pocas nueces. ¿Por qué te has mantenido al margen de la barahúnda?

—Tal vez no habré bebido lo suficiente (esto era cierto, pues aunque disfrutara del buen vino, cualquier exceso afectaba mis intestinos, desencadenando un problema vergonzoso). O prefiero callar, cuando del tema a tratar, no sé nada.

—¿Es que nunca escuchaste hablar sobre cábala?

—Escuchar es distinto de saber. Para saber hay que abrevar de la fuente, pero en este caso está seca. En casa de mi madre, los libros suelen ser piadosos cristianos. ¿Acaso sabes qué significado tiene esa palabra?

—Tiene los significados que gustes, pero lo importante es la cosa en sí. ¿Crees que pueda existir una ciencia que enseñe, tanto a

transformar los metales, como a reducir espíritus bajo tu mando?

—De los espíritus, apenas sé que soy uno en este cuerpo. En cuanto a los metales, puedo diferenciar un florín de oro, de una mala copia.

—Amiguito, tu ignorancia vale mucho más que cientos de libros mal escritos, cuando no engañosos. Es común que el neófito tropiece con el error, y se precipite en aberraciones. No estar instruido en esta ciencia y arte, no es óbice para estarlo. Tu natural franqueza, el carácter templado pese a la edad, y principalmente la rectitud de tu espíritu, me agradan —hizo una pausa para volver a encender la pipa —. No quiero vanagloriarme, pero sé algo más que el común de los mortales —largó una bocanada de humo que me acarició el rostro—. Júrame el mayor secreto empeñando tu palabra de honor, promete conducirte con prudencia y serás mi discípulo.

—Es tentador el ofrecimiento que me haces, Iacopo. De verdad me agrada. Siento curiosidad por abordar las cuestiones del otro mundo, si redunda en beneficios para éste, sobre el cual estoy

parado. Confesaré que poco me interesan los conocimientos ordinarios; siempre me han parecido demasiado limitados, y más de una vez he anhelado un atajo en esa esfera impalpable, que me permita conseguir lo que de otro modo a uno le es negado. Pero, ¿cuál es la primera clave del arte y ciencia a que te refieres? Según lo que he logrado entender de la anterior discusión, son los espíritus quienes instruyen… ¿al mago, debería decir? ¿Es esto posible?

—Hasta lo has dicho mejor que yo, Álvaro. El hombre que no pide ayuda a tales o cuales espíritus, está condenado a la ceguera. Por más esfuerzos que realice, nada podrá ver, ni mucho menos obtener lo que pretenda. En eso, dependemos de ellos, pero no quita que podamos dominarlos… Y como prueba de ello, te daré un indicio que habrás de juzgar por ti mismo.

Como su pipa se extinguía, golpeó la cazoleta tres veces para hacer salir un poco de ceniza que quedaba en el fondo, y la colocó sobre la mesa con un movimiento especial de su mano.

—Calderón —habló con voz fuerte, como dirigiéndose a alguien

que pudiera habitar en el aire—. Ven a buscar mi pipa, enciéndela y tráemela de nuevo.

Apenas terminó de pronunciar la última palabra, desapareció la pipa; y, antes de que pudiera preguntarme quién era Calderón y cómo se la había llevado, ésta ya había regresado a la boca de Iacopo, quien la fumaba con mayor placer.

—Entro de guardia al amanecer y debo descansar —ocultó una sonrisa—. Ve a acostarte. Sé prudente y volveremos a vernos.

Abandoné su cuarto, deseando que de inmediato se produjera un nuevo encuentro. Más que curiosidad, me poseyó un estado de ansiedad, de hambre por aquel conocimiento que me pareció lo más sublime que pudiera existir (que Dios perdone mi dislate).

Vi al otro día a mi amigo, o él se dejó ver. Aprovechó la ocasión para explicar someramente lo acontecido en la víspera, y realizó algunos trucos que me dejaron pasmado. No podía perder más tiempo, quería que me enseñara todo aquello. Me convertí en su sombra.

Con el correr de los días, me fui empapando en la ciencia oculta

que (según mi nuevo maestro) había nacido junto al hombre, y que una secta judía la había guardado como un tesoro para regalarla sólo a los elegidos. ¿Era yo un elegido? ¿Sería capaz de aprenderla? ¿Cuándo daría mis primeros pasos? Acuciaba con mil preguntas a Iacopo, quien sólo algunas y en parte contestaba, cuando no las dotaba de sentidos ambiguos. Sin embargo, cada vez me sentía más cautivado. Creo que la religión de mi madre nunca había tenido demasiado peso sobre mí, por lo que mis antiguas creencias fueron fácilmente vencidas.

Una noche, libres de vanas compañías, conversábamos de esta guisa:

—Iacopo, tu mandas a los espíritus. Quiero tener trato con ellos. Quiero mandarlos. ¡Lo quiero!

—Compañero, eres demasiado impulsivo. A veces, en las artes mágicas, no conviene serlo tanto. Estás a prueba y debes tener paciencia. En este estado, no podrías abordar experimentos más avanzados, sin correr peligros.

—¿Acaso me falta mucho tiempo?

—Quizás dos años. No es mucho si se tiene en cuenta que

para ser un buen mago, se tardan cuarenta.

—Abandono este proyecto —exclamé desmoralizado—. Moriría de impaciencia en el intervalo. No se hable más. Esto me quema. En dos años me habré consumido.

—Joven, te creía más prudente. De verdad que estas operaciones son peligrosas. ¿Te expondrías acaso a evocar a los espíritus sin ninguna de las preparaciones?

—¿Y qué podría sucederme? —me levanté del asiento para retirarme.

—Puede que nada malo suceda, si no se cae en la debilidad de creer que las entidades a las que uno se enfrenta, son superiores a nuestra determinación. El poder se lo damos nosotros, ellos son el instrumento necesario. ¡Ay de ti, si se enteran de que eres un pusilánime!

—¡Pusilánime yo! —mi rostro tomó fuego— ¡He nacido para mandar! ¡Y los mandaré si tengo ocasión!

—¡Bravo! Tienes un corazón ardiente... ¿Pero estás seguro de que no te asustará lo que...?

—Si es ese el problema, aquí mismo estoy esperando a ver lo que

sea, a enfrentarme con quien guste. No se dirá que un García Ibáñez bien nacido, pueda ser un cobarde.

—¿Y si vieras al Diablo?

—¡Lo tomaría por los cuernos, y le pondría el hocico contra el suelo! —lancé una furibunda carcajada.

Mi enojo desapareció al instante, cuando Iacopo se me acercó sonriente, con un brillo triunfal en sus ojos. Si estaba tan seguro de lo que quería hacer, el próximo viernes la luna estaría en el lugar correcto para llevar a cabo una pequeña ceremonia.

2

¿Por qué no un banquete entre las ruinas?

Nunca cita galante fue esperada con tanta impaciencia.

Mi camarada y yo, en compañía de dos de sus amigos de Siena, a quienes nunca había visto antes, cenamos frugalmente. Al preguntar a Iacopo qué función cumpliría aquella gente (por cierto bastante hosca) en nuestra aventura, mencionó sin prestarle importancia, que sólo se trataba de observadores, y ayudantes si se los necesitaba. Conversamos trivialidades, como si esto pudiera tranquilizarme.

Después de cenar, provistos de antorchas empapadas en brea (aunque había luna llena, negros nubarrones apagaban su luz), nos dirigimos hacia unas ruinas no muy lejos del cuartel. El trecho era bastante tortuoso, pero mis pies no se cansaban, sostenidos por la ansiedad y el deseo de lo nuevo. Las

lechuzas inquirían por nuestro paso en aquellas soledades. Abundaban los abrojos y otras plantas hirsutas. Cada tanto, se sacudían un pájaro o alguna alimaña.

Llegamos. Los asistentes tomaron la delantera, y se internaron entre los restos de monumentos que el hombre había creado, y el tiempo soberano se había encargado de demoler. Conocían a la perfección aquél dédalo de piedras desmoronadas, que se sumergía por pasadizos cada vez más oscuros.

Iacopo, que me llevaba del brazo como si fuera un niño que se pudiera perder o escapar, se detuvo. Las antorchas alumbraban una cámara abovedada, tal vez lo único que había sobrevivido a la ruina. Tendría unos treinta pies cuadrados y, con la que habíamos entrado, contaba con cuatro salidas.

Se produjo un silencio absoluto, sofocante. Iacopo trazó un círculo con su espada, y le agregó líneas y símbolos que ya me había enseñado en sus libros (los cuales hubiera sido mejor no haberlos visto nunca, ni conocer sus erráticos significados). Soltó mi mano para ponerme dentro del dibujo y dijo:

—Tu suerte está echada. Ya no hay marcha atrás. Si sales de aquí, estás perdido. Espera, amigo mío, a que la ceremonia haya concluido.

—¿Y cómo sabré que ha concluido? —aunque tenía ciertas dudas, la voz no me tembló, pues creía que mis compañeros sólo trataban de amedrentarme, para juzgar si era de buena madera.

—Hasta hace un instante, estabas seguro de someter a cualquier espíritu. La hora de la verdad ha llegado. Tu corazón sabrá, al fin, si ha triunfado, o si el miedo lo ha perdido. Y ahora, repetirás conmigo…

Pronunciamos al unísono, con voz grave y firme, una fórmula que por nada del mundo mancillará este papel. La invocación, debía hacerla yo solo. Los nombres secretos jamás deben ser pronunciados. Los sonidos que abren puertas prohibidas, no deben ser escuchados. Los oídos irresponsables, deben recostarse a palabras menos terribles.

—Iniciado, te deseamos éxito.

Los tres se retiraron hacia sendas salidas del recinto, dejando libre la puerta por la que habíamos entrado. Nadie habitaba las ruinas,

sin embargo, alguien podía haber estado siguiéndonos…

Una débil voz interior, que iba creciendo sin cesar, me acusaba de fanfarrón, de petulante, de ser el más impertinente de los sandios. Me conminaba a solicitar ayuda, o, mejor aún, a salir corriendo por donde había llegado sin volver la vista atrás, y jamás mantener trato con aquella pérfida gente. Pero poco podía ayudar aquel conato de arrepentimiento en aquellas circunstancias, así que no me quedaba más remedio que incrementar la osadía, o sumirme en la vergüenza. Superada la voz de la conciencia, que no siempre suele llegar a tiempo y en forma oportuna, pude reflexionar por un instante. Me convencí con argumentos tomados al vuelo, de que la aventura se trataba de una broma bien orquestada. Quizás, todo el cuartel estuviera al tanto de las artimañas de Iacopo y sus secuaces. Esperarían el resultado de un valiente en huida a campo traviesa, para estallar en carcajadas y ponerme como objeto de sus burlas. Esas cosas suceden en el vulgo, en el ejército, en la alta sociedad, y quizás en el clero y en todos lados.

—Así que pusilánime, ¿eh? —murmuré por lo bajo.

Con voz trepidante, invoqué.

No sucedió nada. Hasta me pareció escuchar en los sitios por donde se habían metido mis dudosos amigos, roces de ropas o risas acalladas. También pudieran ser búhos, o aves nocturnas de cantos diabólicos.

Ya me disponía a dar por concluido el chasco, ya iba a llamar a Iacopo para reconocer la buena ingeniería del embrollo, y recomendarle que encendiera su pipa con los infames libros que me había dado para estudiar, cuando entre brumas, una sombra de la estatura de un hombre apareció por la entrada. Digo una sombra, pero tan extraña, que era de color blanco. Hasta que fue tomando la forma de un chivo erguido en sus patas traseras, que eran del mismo tamaño que sus cuernos. La horrible aparición escupió sobre el suelo polvoriento, produciendo un chispazo como el pedernal.

—¿*Che vuoi*, hombre honesto? ¿*Mi stringerai* los cuernos? ¿*Non ti piace* mi hocico?

La bóveda, la caverna que habría bajo mis pies y a la que se

accedería por las tres puertas, resonaron con la garganta del singular chivo. Para bien o para mal, suceden cosas insólitas en la vida. A veces, no es el mejor soldado quien se convierte en campeón, sino un desconocido cuyo espíritu es insuflado por una fuerza descomunal y misteriosa. A punto de desmayarme, sentí que mis miembros recuperaban su vigor y, como si otro actor mucho más arrojado que yo tomara la palabra sobreponiéndose al terror, hablé sin titubeos:

—Siervo, ¿por qué te presentas bajo esa forma tan inapropiada?

El chivo frunció el ceño dubitativo y, bajando la voz, contestó:

—¿*Non mi hai chiamato*, por uno de mis nombres?

—¿Acaso quieres asustarme con ese aspecto repugnante?

Tras unos instantes, dio dos pasos atrás y abrió sus manos (o debería decir sus pezuñas) en señal de inocencia.

—*Scusa*, Maestro. ¿Qué forma quiere que adopte?

—Eres un fantasma inteligente, así que te ordeno que

tomes cualquier forma que agrade a un hombre.

Dio otros dos pasos hacia atrás, luego otros más, hasta que desapareció repitiendo:

—*Capisco*, Maestro. *Capisco*...

No terminó de perderse entre las sombras, cuando apareció un mozo de librea, el cabello rubio y rizado, de finas y agradables facciones, derrochando buenos modales y elegancia.

—Así está mejor… —ya que se trataba de dar órdenes y ser obedecido, tenía que inventarle un nombre a mi sirviente, para que ni siquiera tuviera derecho a elegirse el propio— Biondetto.

—Amo —habló su dulce voz—. ¿Qué desea que haga por usted?

De la confianza a la audacia el recorrido es corto, cuando no se pasa la línea de la intrepidez. El nerviosismo pasado se había transformado en hambre canina, así que no dudé en pedir lo que mi estómago exigía.

—Pues me reconfortaría una mesa bien servida, para mí y para mis amigos que aguardan bajo aquellos arcos —señalé hacia los tres huecos.

—Enseguida, mi amo. Pero creo que su posición es rígida, y demasiado incómoda para la ocasión. ¿Por qué no toma asiento en una de aquellas cómodas sillas, mientras apronto la mesa?

Como no le faltaba razón, me aparté del círculo dibujado en el suelo, y ocupé una de las cuatro sillas que rodeaban una larga mesa con su mantel bordado de oro, alumbrada por candelabros de plata.

3

Festejemos a lo grande, aunque no haya presupuesto

Mis compañeros de andanzas emergieron estupefactos de sus escondites. A mí también me costaba creer que el recinto hediondo y musgoso, se hubiera transformado en una sala decorada con buen gusto y nobles aromas. Donde había ladrillo y humedad, ahora jaspe y mármol; donde polvo, alfombras persas; y el mantel vacío, fue repleto de vistosos manjares y jarras de vino.

De atrás de una cortina de damasco salió Biondetto, quien se apresuró a correr las sillas para que el resto de los comensales ocuparan sus puestos.

—¿Está bien así para empezar, amo? —me hizo una reverencia.

—Realmente te has esmerado, Biondetto. Continúa muy atento a nuestros deseos, y no permitas que las copas se vacíen y que los platos no se desborden.

Un déspota sería, si hubiese tenido que recriminar al siervo por falta de atención o indelicadeza. Con una mano escanciaba el mejor vino que hayan besado mis labios, y con la otra depositaba presas de exquisitas carnes sobre los platos hinchados. No parábamos de hartarnos (o de hartarme, diría, porque mis contertulios eran un poco más cautos), cuando cambió las fuentes por pirámides de jugosas frutas, y confituras que conformaban sabrosísimas esculturas.

—Señores… —dije ahíto—. Creo que ésta ha sido una recompensa aceptable, por vuestro sacrificio al haberme traído hasta aquí.

Los caballeros cruzaron miradas, y asintieron masticando.

—Creo que es hora de que Biondetto cante para nosotros, o que toque algún instrumento.

La sugerencia no había concluido, cuando mi paje se inclinó ante mi hombro izquierdo con un violín, pellizcó sus cuerdas con gracia, y nos condujo con sus melodías hacia un país encantado, donde a cada momento conocíamos el éxtasis.

Alternando la ebriedad de la bebida y de la música, transcurrió la velada sin importarme si todo aquello era o no cierto. ¿Acaso puede decirse que uno disfruta o sufre, ama u odia, más o menos en la realidad que en los sueños? Pero en mis compañeros, nunca languideció la sombra de la duda. No quería romper el hechizo, e interpelarlos por aquellos rostros que contrastaban, ora la alegría, ora la desconfianza. Pero como la situación comenzó a extenderse y a aburrirme, di por concluido el festín haciendo sonar una campanilla.

—¿Qué sucede, amo? ¿No es de su agrado el violín? —compungido, bajó los brazos Biondetto.

—Al contrario, lo has hecho muy bien. Pero mis amigos tienen sueño y desean marcharse. Los devolveremos a Siena en carruaje, así podrán perdonar las molestias.

—Pero aún no me escucha cantar.

Dicho esto, su aguda voz acarició nuestros oídos tomando trozos de operetas, arias y otras piezas exóticas. Rodeaba la mesa y se perdía entre el cortinado, y cada vez que reaparecía, cambiaba de

atuendo y de carácter en el canto, tornándose más lúgubre y sentimental. Entre fervorosos aplausos al virtuosismo, culminó su función disfrazado de princesa, erizándome la piel y anudándome la garganta.

—¡Bravo! ¡Bravo! —no podía dejar de exclamar, olvidando por completo que todo aquello sólo existiría en mi imaginación.

La dama extendió su mano blanca, perfumada, la cual me apresuré a besar sin importarme que fuera la de Biondetto. Maestro de bribones, agachó la cabeza no sin antes hacerme una guiñada. Antes que pudiera reaccionar a tal desfachatez, se había perdido por una de las salidas (no podría recordar cuál, pues en mi cabeza las cosas daban vueltas), excusándose por ir a preparar el carruaje. Entonces, caí en la cuenta de que el espíritu ladino también era capaz de anticiparse a los deseos, pues era justo lo que iba a ordenarle, antes de que su gesto me dejara perplejo. Iba a proponer a mis amigos continuar bebiendo, pero en vez de respuestas divertidas, vi rostros atemorizados.

—Caballeros —continué, dando un giro a mi propósito —, creo que

es hora de concluir nuestra aventura.

Los tres asintieron.

—Por vuestras expresiones, adivino que dudan de mi buen siervo. ¿Acaso piensan que no regresará presto, con el carruaje listo?

—Afuera aguardan los carruajes, amo —Biondetto apareció entre las brumas, como al principio lo había hecho la sombra blanca del horrible chivo—. Pero deberemos caminar un breve trecho, porque las ruinas les impiden el paso.

—No tendremos inconveniente —hablé por todos, al tiempo que empecé a tener conciencia de que estaba completamente borracho.

El aire fresco de la noche, en vez de recuperarme, intentó desmayarme. Iacopo me sostuvo del brazo, y aprovechó para hablarme al oído:

—Álvaro, la has hecho grande. Tantos lujos, te costarán caro.

—¡Que cueste lo que deba costarme! —sin remilgos, grité para que me escucharan mis amigos, las lechuzas, las ruinas y la luna que también guiñaba con su ojo trunco.

Lo que vi al final del camino, fueron lacayos, carruajes con

cocheros y postillón, sin que nada dejase de estar engalanado. Subí al que me dio la gana, ordené dirigirnos a Siena y luego al cuartel, y recliné mi cabeza sobre un hombro terso, cariñoso... Por supuesto, era el de Biondetto.

4

No sólo las hilachas se pegan al cuerpo

Cuando desperté, Biondetto contemplaba embelesado el paisaje nocturno a través de la ventanilla. Uno de los íntimos de Iacopo, de nombre Bernardo, el más huraño y quien me había tocado en suerte por acompañante, se acercó para hablarme con discreción.

—Álvaro, realmente estoy intrigado. Nunca vi servir festín semejante, en tan singulares condiciones. Créame que llevo trabajando muchos años en esto, y jamás presencié tal clase de favores. Iacopo nos dijo que estaríamos frente a un neófito, pero creo que estoy ante un maestro.

Parecía que al fin se le había soltado la lengua, y quería saber de mí, cosas que más que nadie yo ignoraba.

—Se impresiona con demasiada facilidad, caballero.

Guardamos silencio, sin embargo, sentía cómo Biondetto me escuchaba, y Bernardo se atoraba de preguntas sin llegar a formularlas.

—Me consume la duda, don Álvaro.

—Si se aprende a vivir con ella —bostecé filosóficamente—, puede que el estómago no se dañe.

—Pero, ¿cómo volverán las cosas a su sitio? —hizo un gesto hacia Biondetto, que sabía hacerse el distraído.

—Cuando amanezca será un nuevo día, y el que seré se ocupará de ello —ante conversación tan aburrida y mareado por los vapores de lo bebido, opté por volver a dormirme.

Mis sueños fueron poco plácidos. Entre ellos, se hacía presente mi difunto padre, Don Miguel García quien, con el ceño quebrado y el dedo acusador, inquiría:

“—¿Esa es la educación que te hemos dado? ¿En vez de atender a tu carrera de armas, vagabundeas en la curiosidad? ¿Gratuitamente, confundes temor con temeridad?”

Temblaba ante aquel tono de ultratumba, que dejaba al descubierto mi falta de templanza, o,

mejor dicho, mi vanidad y estupidez. Pero al punto me socorría doña Mercedes, mi santa madre, interviniendo con sus súplicas:

"—Por favor, amado y ausente Miguel. No seas tan severo con nuestro hijo. Su juventud le ha hecho tropezar, pero es un buen muchacho y pronto se restablecerá."

Quería hablar, dar la razón a mi madre y pedir el perdón paternal, mas las palabras se ahogaban en mi garganta. Y para colmo de la desesperación, escuchaba una risa socarrona, veía una mancha blanca que se acercaba entre brumas que borraban y retorcían el diálogo de mis progenitores, y hablaba alternamente a mis oídos:

"—*Come pagherai per quello che consumi*, gentilhombre?"

"—*Una cosa che mi appartiene è andata perduta*. ¿No la tendrás tú?

Y me sentía infinitamente pequeño ante aquella maligna presencia a quien en la realidad había vencido, pero que para vengarse entraba en mis sueños. Los temores vividos al principio de la aventura se multiplicaban y me perseguían, poniendo en duda mi valentía. ¿Había sido natural en mí, tanta intrepidez? ¿No habría

cometido un terrible error, al asociarme con personas que frecuentaban libros espurios? ¿Por qué había manifestado, repentinamente, tanta avidez por asuntos que antes no me importaban? Claramente, buscando una meta ambiciosa, había tomado por el atajo equivocado.

Desperté sofocado, jadeando. Las cosas descabelladas que suceden en los sueños, en ellos se disuelven; las que suceden en la vigilia, en ella se quedan, aunque de a poco también van desapareciendo. Debí tomar aquella gota de conciencia que había aflorado en mi pesadilla, y conservarla como consejera en mis actividades de hombre despierto. Lamentablemente, con los ojos abiertos, preferí seguir durmiendo.

Entre tanto, pasamos por Siena a devolverle sus sieneses, y seguimos rumbo al cuartel en un solo carruaje. La guardia quedó estupefacta al ver el boato de sus capitanes. Si guardaron la compostura ante Biondetto disfrazado de princesa, fue porque siempre tuvimos claro que el mando debe ser inflexible con la soldadesca.

Mi paje cantatriz despidió al carruaje quitando una antorcha de la mano del lacayo, dejamos plantado a Iacopo, y nos dirigimos a mis habitaciones. Estaba demasiado atontado como para despedir a Biondetto, diciéndole que la fiesta había concluido, y que debía volver a su país en el éter.

Mi ayuda de cámara dio un respingo al notar mi compañía y, tartamudeando, empezó a solicitar explicaciones.

—Estoy cansado, Carlo. Mañana todo se arreglará... Tómate el día libre, no te necesito.

Al quedar a solas con Biondetto, comencé a sentir que el problema era mucho mayor de lo que esperaba. Traté de concentrarme, aunque la situación inaudita entorpecía cualquier clase de razonamiento. Para salir del atolladero, me lancé a hablar a mi sirviente, hilvanando las palabras lo mejor que podía, desviando la mirada.

—Amigo Biondetto, realmente me has servido como nunca nadie me ha servido. Tu buena voluntad, tu esmero, tu gracia, no tienen parangón ni precio. Claro que debo remunerarte por todo lo que has

hecho. Aunque, a decir verdad, en este mismo momento —mis manos se abrieron para mostrar sus palmas vacías—, hasta al sastre le debo el vestido que llevo puesto.

—Qué broma tan singular, don Álvaro —encontró mis ojos, y esbozó una sonrisa.

—Escúchame, Biondetto… Ni bien tenga mi salario, saldaré mi deuda contigo. Es tarde y estoy cansado, así que, por favor, retírate de una vez.

—Hace unas horas, cantaba al oído de un caballero español —habló con desenvoltura Biondetto, borrando la sonrisa de su rostro—. ¿Es ese caballero el que tiene la descortesía de echarme? ¿Acaso no se da cuenta de la hora que es? Todos los que me han visto en este sitio, han adivinado mi sexo. Hasta una cortesana recibiría mayor respeto. ¿Puedes humillar con tanta facilidad? ¿Quién te ha enseñado a ser tan hiriente?

—¿Sigues jugando a los disfraces? —intenté sonreír.

—¿No te parezco una mujer?

—Yo sé lo que eres. Si quieres, en este momento puedes irte volando por esa chimenea, o

escabullirte por el agujero de la cerradura, o…

—¿Cómo? —balbuceó, y luego rompió en largo llanto.

Me dio pena ver al espíritu hecho un ovillo en el suelo. Sentí que estaba maltratando, sin ningún motivo, a una indefensa mujer (¿Quién no se ha emocionado, en mayor o menor medida, ante sus propias alucinaciones?).

—No te sirvo ya… Después de ensalzarme como a tu mejor sirviente, me depositas bajo las suelas de tus botas.

Me senté sobre el borde de la cama, y seguí contemplándolo, más despabilado y también más rendido.

—No sabes a lo que me he enfrentado para llegar a ti… De verdad lo ignoras —continuó desahogándose—. De lo contrario, no serías tan cruel. He escapado de la prisión en donde me encontraba destinada al vejamen, pero sólo ha sido para caer en manos del peor torturador. Vi en tus ojos, vi en tu alma a un ser capaz de amar a alguien como yo, pero me equivoqué. Ahora me encuentro en manos de quien se regocija practicando un suplicio mayor.

Se produjo un silencio que me llenó de vergüenza. Tantas emociones insólitas me habían dejado sin respuesta y, lo peor, era empezar a comprender que el accidente que había provocado, no se podía enmendar.

—¿Vas a echarme, Álvaro? —levantó del suelo su rostro acongojado, bañado en lágrimas—. Después de haberte salvado del implacable y horrible chivo, después de volverlo contra mí para protegerte, ¿vas a cerrar tu puerta a esta indefensa mujer?

Biondetto se fue incorporando, y lentamente avanzó hacia mí. Había algo felino en sus movimientos.

—¿De verdad me abandonas, Álvaro? ¿Estarás mejor sin mí? ¿No temes las consecuencias de haber invocado al Chivo Blanco? ¿Crees que perdona a quienes roban las mujeres que ha secuestrado?

Antes de que me rozara con su aliento, di un salto esquivándolo y desenvainé la espada.

—¡Basta, mujer! Cuando mi madre me dio mi primera espada, me hizo jurar sobre su guarda que serviría toda mi vida a las mujeres y que no ofendería a ninguna. Si eres mujer, estás a salvo. Tu nombre será

Biondetta... Respecto a lo demás que acabas de decir, no entiendo nada.

Mi ánimo se fue reponiendo, con el recuerdo de mi religiosa madre dándome las indicaciones de cómo comportarme en la vida siendo un caballero. Creo que por un instante, Biondetta creyó que le rebanaría la cabeza con mi espada, por lo que optó por dejar de recriminar mis atropellos, y de inventar fábulas de mundos etéricos (Eso fue lo que pensé, pero como se verá más tarde, sus temores no eran exagerados).

—¿Puedo ayudarte? —se acercó cuando me aprestaba a desvestirme.

—Sí. Ponte en un lugar en el que ni te oiga ni te vea.

5

Cuidado con las palabras, cuando no se pronuncian en el orden adecuado

Agotado, no podía dormir.

A través de mi cortina, percibí en la penumbra a Biondetta, retirándose a un rincón, desvistiéndose y envolviéndose con una de mis mantas. Me di vuelta, cerré fuerte los párpados, pero lo único que conseguí, fue ver con claridad el rostro de mi fantástico siervo, devenido en sierva. En mi mente se sucedían las escenas de lo acontecido en la cámara de las cuatro aberturas, esta vez, con un único personaje. Biondetta, apareciendo entre las brumas dejadas por la sombra blanca de largos cuernos; Biondetta, mozo de librea inclinándose ante su señor; Biondetta, virtuoso violinista; y también, eximia cantatriz y hasta

princesa. Muy ingenuo había sido, o muy trastornados habrían estado mis sentidos, para no darme cuenta que en aquellos rasgos delicados, que en aquellos movimientos femeninos, en la voz suave y aguda, en el perfume de su piel, había una verdadera mujer... ¡Pero una duda me asaltó al instante! ¿Biondetta y el Chivo Blanco, no serían la misma cosa? En ese mundo de ensueños en el que me había sumergido, y del que todavía no había vuelto a salir completamente, todo era posible. Ladrillos mohosos y tierra, se habían transformado en la sala de festejos de un príncipe. Me había hastiado de manjares y emborrachado con dulces vinos salidos del aire. Había escuchado música celestial y el canto de un ángel, a no ser que mis oídos se lo hubieran inventado. Había viajado en espléndido carruaje hasta Siena y vuelto al cuartel, con caballos y lacayos salidos a medianoche de unas ruinas. ¿Por qué un fantasma espantoso no podía ser a la vez una damisela?

Me revolví en la cama, hasta que encendí una vela y fui hasta el rincón donde dormía Biondetta. Emitía una respiración tranquila,

acompasada, de quien tiene el alma en paz. Acerqué la lumbre a su rostro semicubierto por la exuberante cabellera, y me pareció más tierna que nunca.

—Ah… Biondetta —murmuré con cuidado para no despertarla—. ¿Cuál es tu origen? ¿Quién eres?

Un movimiento apenas perceptible, delineó una leve sonrisa en los labios frescos y rosados. No, definitivamente, aquella hermosa criatura jamás podría confundirse con un monstruo que balaba en dos idiomas.

En ese instante, mis pensamientos fueron interrumpidos por mi torpeza. Embelesado, contemplando la deliciosa imagen, una gota de sebo cayó sobre la mano de Biondetta. Dio un grito, se enrolló aún más, y me miró aterrorizada.

—Perdóname, Biondetta. Sólo ha sido una gota de sebo.

—¿No me has castigado, entonces? —se sobaba la mano salpicada, evidenciando que su piel era tan sensible como la de cualquier mortal.

—No, claro que no —tomé su mano y se la limpié.

Sin saber qué decir, aquella mano en la mía comenzó a resultar

embarazosa. Me volví a la cama dando por terminada la efímera conversación.

Traté de dormir, y lo conseguí a medias. Cada tanto me despertaba y, ora la luna iluminaba la habitación por uno de los postigos que había permanecido abierto, comprobando que todo permanecía en calma; ora, una nube cubría su faz, y reinaba la oscuridad con sus dudas. Entre medio de tales ocasiones, noté cómo Biondetta se acercó hasta mí, prescindiendo de la vela. Se habría cerciorado de mi reposo y volvía a su rincón, cuando la luna, cómplice de los encantamientos, alumbró sus pies, sus pantorrillas, sus muslos…

Ya no pude dormir, ni estar despierto, y los pensamientos procaces rondaron mi mente hasta que por fin amaneció.

En algún momento creí (o anhelé) que Biondetta desaparecería con la llegada del día. Pero allí estaba sentada en un pequeño taburete, peinándose con los dedos. Suelto, su cabello era tan largo que llegaba en ondas hasta el suelo, y cumplía con la armonía de su cuerpo.

—Biondetta —dije.

Dio un respingo, y me quedó mirando, inquieta.

—Hay un peine en el cajón de ese escritorio.

Bastó un instante para que se acicalara, quedando tan bonita como en la noche pasada, cuando cantaba dulzuras a mi oído. Pero aquello no podía continuar. El orden natural debía restablecerse por algún medio y, si hasta ese punto lo extraordinario había ocupado su pequeño lugar en el mundo, era hora de que la cordura intercediera a través de la palabra.

—Ya es de día, Biondetta. Puedes salir de la alcoba sin levantar sospechas. Seguramente, de donde has venido, te han de estar esperando.

—Álvaro —habló con voz firme, convincente, superando mi simple lógica—, si me están esperando, no es para darme una cálida bienvenida. Aunque ya no me quieras, nuestros intereses son comunes, e impiden que nos separemos.

—No te entiendo —aunque sí entendía, que Biondetta había salido del averno (o de un sitio no habitado por los hijos de Adán) para

quedarse, y para más detalles, en mi compañía. Me puse nervioso.

Dio dos pasos hacia mí, me miró a los ojos sin pestañear ni una sola vez, y su voz tampoco tembló.

—Álvaro, eres muy joven y valiente, pero también imprudente. Hay peligros muy reales a nuestro lado, aunque no seamos capaces de percibirlos. Y éstos no se vencen afrontándolos, simplemente creyendo que con eso basta. No, querido Álvaro. La puerta que abriste, siguiendo pérfidos consejos y con una ciencia que debería estar prohibida a los hombres, libera potencias de un mundo que no funciona bajo las mismas leyes a las cuales estás acostumbrado. No puedo explicarte y tampoco entenderías, no existen ejemplos con los cuales comparar, cómo es la vida allí. Lo que importa, es que yo misma era prisionera de fuerzas terribles. Hubo una coincidencia, una asombrosa coincidencia, o la buena obra de algún espíritu elevado que, jugando a nuestro favor, intercedió para que en mi desesperado intento de fuga, abrieras el portal que podía condenarte al peor de los destinos. Por allí escapé, enseguida me di

cuenta de la situación en la que nos encontrábamos, y aproveché para rescatarte a ti también. ¿Por qué crees que te hice salir del círculo innombrable, donde serías víctima de un ser inmundo?

Entonces, fugaz a mi mente, acudió el recuerdo del siervo aconsejándome salir del círculo, y, además, cobró sentido el hecho de que en cada ocasión en la que podía, disimuladamente, fuera borrando con sus zapatos el sacrílego dibujo. También se me ocurrió que Iacopo y sus secuaces, no fueran tan amigos como cándidamente creía, y que me hubieran entregado al horrendo fantasma que al parecer, entre sus nombres poseyera el vulgar de Chivo Blanco. Y también, todo podía ser una artimaña de Biondetta, que ya había demostrado conocer la habilidad de encarnar varios disfraces (el último, por cierto, era el más delicioso).

—Has hablado con elocuencia. Aunque no comprenda muchas cosas, al menos las intuyo. Sé que he cometido un grave error, dejándome llevar por el más ingenuo entusiasmo. Ahora, sin demora, deberé trabajar para remediar el daño…

—Ya no es posible volver atrás —me interrumpió—. Aquí el tiempo sí existe, y lo que se ha hecho, no se puede deshacer —alargó su mano hasta tocar mi pecho con la punta de sus dedos—. ¿Acaso, los pedazos de una copa de cristal que se rompe, pueden volver a formar la misma copa?

—No, claro que no —toqué sus tibios dedos.

—Ahora, debemos mantenernos unidos. Tú me protegerás de las acciones de tu mundo, y yo de las del mío. Nos necesitamos más que nunca —me aferró la mano entre las suyas, y se la llevó al pecho.

Biondetta no era un espíritu del éter, era una mujer hermosa e inteligente, cuyo corazón palpitaba bajo sus encantos. Si antes me habían embriagado vinos mágicos y música de otra esfera, ahora lo hacía un cuerpo femenino frente a mí, apenas cubierto por un vestido a punto de caer.

—¿Pero qué podría sucedernos?

—Eres tan valiente como incauto. No puedes ver cómo son realmente las cosas, y tengo miedo

de que al tratar de mostrártelas, dudes de mí.

—¿Y qué es lo que sabes que yo no sé? ¿Qué es lo que te da autoridad para hablarme como a un niño? —me aparté bruscamente.

—¡Oh, Álvaro! ¡Qué terco eres! —gimió—. ¿No te das cuenta de que tus amigos no lo son? ¿No sabes que ya irá en camino una denuncia contra ti por nigromante, porque los delatores, gente de la peor calaña y que se dice amiga, han pensado que les ganarías de mano? ¿No sabes que hay un tribunal que a los demasiado simples o buenos, corta y despelleja? ¿Y no sabes, que desde que te vi, te amo?

Mis ideas poco claras, se terminaron por confundir aún más.

—Estamos hechos de la misma sustancia… Pertenecemos a mundos diferentes, y hubiésemos estado por siempre separados, de no unirnos el insondable destino, a través de sus escurridizos agentes. ¡Por favor! —juntó sus manos y su rostro acompañó la súplica—. Debes creerme por una vez. Soy tu única salvación, y tú la mía.

—¡Detente! —me cubrí el rostro con la mano, porque sabía lo vulnerable que sería al ver llorar a

una mujer—. Me hablas de amor, y lo mezclas con infamias y peligros sin ninguna transición. De pronto, decides lo que debo hacer con mi vida, aunque hasta hace unas horas me servías manjares y bebidas hechas de mentira. Parecías un hombre, pero eres una mujer. Pertenecías a un demonio asqueroso, y ahora, en el colmo del disparate, tal vez quieras ser mi esposa.

Se dobló como si la hubiera golpeado. Retrocedió hasta el taburete en donde se había estado peinando, y lloró desconsolada. No me atrevía a mirarla.

—Ingrato... —murmuró al fin —. Eres un ingrato. He salvado tu vida. Te ofrezco todo lo que necesita un hombre para ser feliz, y aun así me desprecias.

—Si me querías salvar, ¿por qué no hablaste con claridad desde el principio? —mi pregunta se abría paso entre miles de dudas (que hasta hogaño se sostienen y, a cada respuesta, no paran de parir más preguntas).

—¡Y a lo mejor me hubieras creído! ¿No te das cuenta que hice hasta lo imposible por salir del paso? ¿Puedes ser tan ciego, Álvaro?

Tantos razonamientos al borde de la locura, terminaron por desarmarme. Ante aquella joven que era pura sinceridad, elocuencia y belleza, tuve que rendirme.

—Te creo, Biondetta. ¿Pero qué podemos hacer ahora?

Los preparativos de la huida fueron inmediatamente planificados (posiblemente, demasiado bien para alguien que acababa de incorporarse al mundo). Tenía conocimientos muy claros sobre finanzas, atuendos de moda y otras banalidades, aunque no muy buenos sobre las rutas de escape. Claro, podía ser una treta para que yo no me sintiera tan inútil, y así darme un poco de trabajo. Como la puesta en marcha del plan exigía en el principio una breve separación, Biondetta me exigió que repitiera en voz alta, una fórmula que establecería un lazo invisible que nos mantendría unidos.

—Espíritu que no te has unido a un cuerpo más que para mí, y sólo para mí, acepto tu vasallaje y te otorgo mi protección —dije apurado (las palabras fueron otras similares y las he alterado adrede, no sea que algún desprevenido las repita con indolencia, y sobre él confluyan las desgracias).

6

No es allí hacia donde vamos

La espera no fue larga, pero sí lo suficiente como para que cayera en un estado de sopor, demasiado cercano a la idiotez. Con mucho esfuerzo, me decidí a escribir una carta con varias instrucciones para Carlo, y otra despidiéndome del comandante. En semejante tesitura, me sorprendió mi habilidad para mentir por escrito. Inventé una enfermedad a mi madre (que Dios me perdone), una falsa esquela que me avisaba de ello, y de la misma forma le exigía a mi fiel ayuda de cámara su complicidad para acreditar mi huida.

Apenas culminada la rúbrica, golpearon y abrieron la puerta.

—¿Qué significa esto, señor? —Carlo miraba de hito en hito al postillón portando su látigo.

—Allí, en mi escritorio, encontrarás las respuestas —le

estreché los brazos—. Gracias, Carlo. Serás recompensado.

Seguí al postillón como alma que lleva el diablo, y no vi nada ni a nadie hasta que me metí en el carruaje con las cortinillas cerradas. Biondetta me esperaba envuelta en una capa, tapada la cabeza por un gran sombrero. Solo cuando nos hubimos apartado, se lo quitó con un ademán triunfal.

—Mi amor, lo hemos hecho —sus cabellos cubrieron la capa como un manantial de oro, y de su rostro despojado de adornos, pareció emanar luz.

Traté de sonreír.

—¿Qué sucede? ¿Estás enfermo?

Puso una mano sobre mi frente, y en su cara apareció una señal de alarma. Aproveché el salto producido por un bache, para reclinarme hacia el lado opuesto a Biondetta. Sentía que mi interior se había dividido en dos personas, cuyos intereses estaban enfrentados. Del hombre que fui, se había gestado un Álvaro bicéfalo. Si la izquierda quería beber el elixir de aquellos labios, la derecha se negaba al trago de cicuta.

—Estoy muy cansado —transigieron las partes—. Estas últimas horas han sido… —y ya no encontré palabras para tanta locura.

Me hice el dormido, hasta que me venció el sueño. En él, volvía a aparecer mi beata madre, con el rostro compungido y un rosario enrollado en las manos que atesoraban su breviario.

“—¡Oh, hijo mío! —se lamentaba con lágrimas en los ojos—.”

Yo quería hablarle, pero estaba mudo.

“—¿Cómo has podido caer ante semejante tentación? Si yo misma intervine en tu educación religiosa, para que estuvieras siempre prevenido ante el ataque del Maligno —aunque pudieran ser acusatorias, sus frases estaban matizadas por la piedad.”

Mi lengua seguía inmóvil.

“—Todos los días rezo para que vuelvas en tus cabales. Debes regresar al camino del bien. Debes reconocer a nuestro señor Jesucristo como tu salvador. No te pierdas por senderos extraños, donde acecha el peligro, donde serás víctima de los astutos agentes del mal.”

Lo único que podía hacer, era agachar mi cabeza y compartir su dolor.

“—Quien dice amarte, es de la misma talla que esa bestia blanca… No es más que una de las sombras del bicorne.”

Cuando desperté, era noche cerrada. Si bien había dormido durante varias horas, no estaba menos fatigado. Un mozo de cuadra me tiraba de la manga. A través de señas y balbuceos en no sé qué idioma, me daba a entender que quería encargarse de mis bultos. Aunque hacendoso, se movía con cierta torpeza, como si las dificultades de la lengua también se hubieran adueñado de su cuerpo. Un lacayo lo apartó para abrirme la portezuela y, al tiempo que bajé un pie, Biondetta se apoderó de mi brazo.

—¿Adónde estamos? —pregunté mirando la enorme mansión que se hallaba al final de una larga escalinata sembrada de antorchas.

—Vamos a la casa de un amigo —respondió Biondetta, haciéndome subir el primer escalón.

—Pero íbamos a casa de mi madre —protesté, recordándole el

fin de nuestro plan en Extremadura —. Sólo allí puedo estar seguro.

—Cálmate, Álvaro —pasó su mano por mi nuca, logrando un efecto sedante—. Primero, debes descansar como conviene a un hombre de tu clase.

Dejé que me llevara hasta la puerta principal, donde aguardaba un mayordomo más negro que la misma noche, aunque sus ojos rutilaban con el reflejo de las antorchas.

—El señor se halla indispuesto, y no los puede atender —se inclinó por debajo de la cintura—. Pero les desea una feliz estadía.

Si bien venía de noble origen, quedé maravillado por el mayestático interior de la casa. Alumbrados por doradas arañas con lágrimas de cristal, se sucedían enormes cuadros con personajes que evidenciaban un extenso linaje. Aquellos seres planos, de ojos inquietos que le seguían a uno su recorrido ascendente por amplias escaleras, terminaron en una alcoba preparada para recibirme. No faltaba ropa blanca, una bata exquisitamente bordada, y babuchas recamadas con hilos de oro.

—¿Quién es este amigo? —quise indagar a Biondetta, pero no estaba.

Recorrí la habitación, salí de ella y anduve por el pasillo sin encontrar ningún rastro. Volví a entrar y, como la puerta no tenía llave, la atranqué con un baúl (ser desconfiado es útil a cualquier soldado, que tampoco debe dejar de revisar debajo de la cama).

Después de un ligero aseo, no menosprecié la comodidad con que se me había obsequiado, y las sedosas sábanas terminaron por arrullarme en un nuevo sueño. Pero antes, me vinieron imágenes a la mente, de cuando Iacopo había invocado al tal Calderón para que realizara el prodigio de la pipa. Pensé en que Biondetta podría tornarse invisible al igual que Calderón, y que en ese preciso instante me estaría observando. También me hice preguntas acerca de ese "amigo" magnífico, pero el cansancio pudo más que el recelo, y yací como muerto.

7

Dormir, comer y volver a dormir. ¿Quién podría imaginarse, estar a las puertas del infierno?

Desperté, y al punto regresaron mis reflexiones y fui acribillado a preguntas. ¿Por qué había hecho caso a Biondetta? ¿Por qué estaba tan segura de que me perseguiría el implacable tribunal? ¿Por qué había abandonado tan precipitadamente el cuartel? ¿Quién era el rico amigo de mi acompañante que aparecía y desaparecía, como no lo podría hacer ninguna mujer? ¿Y si era un amante, pasado o presente? ¿Me estaba dejando seducir por una cortesana de entre mundos? ¿Podía ser normal la pesadez que sentía, o era víctima de un hechizo? Los fuertes golpes en la puerta interrumpieron cualquier posibilidad de elucidación.

—Álvaro, ¿estás bien? Abre, por favor —aunque sonaba preocupada, la voz de Biondetta no perdía su dulzura.

Me desperecé, y fui a correr el baúl y a abrir la puerta. Ya vería cómo continuaba aquello. Aún me sentía seguro de poder enderezar las eventualidades (como dije al principio, yo era muy tonto).

—¿Por qué desapareciste? —fue mi único saludo.

—¡Oh, Álvaro! —me abrazó, y el contacto con sus senos me quitó el malhumor.

—¿Por qué estás llorando? —dije al sentir húmedo mi pecho.

—Ha sucedido una desgracia... Ayer, estabas más dormido que despierto, no quisiste cenar, y no me hiciste caso cuando acudí a la sala, al escuchar un gran revuelo.

Quedé mirándola, perplejo. De lo único que me acordaba, era de haber llegado a la habitación en donde estaba parado.

—Nuestro amigo, el Marqués de Verónica ha muerto.

Como otra ráfaga de preguntas se estaba uniendo a las anteriores, me limité a encogerme de hombros.

—No puede ser.

—Sí, mi querido Álvaro —dijo cuando cesaron los llantos—. En estas tierras se concede gran importancia a los velorios. Y como estamos en deuda con nuestro anfitrión, debemos quedarnos hasta que su cuerpo sea sepultado.

Como los filósofos, a medida que quería avanzar en dirección a la verdad, ésta se escabullía y me dejaba solo en un laberinto cada vez más enrevesado. Me dejé caer en la poltrona más cercana.

—Pero tú no debes preocuparte. Pronto tendrás un ayuda de cámara gracias al cual no echarás de menos a tu excelente Carlo… Y enseguida vendrá el sastre para que estés acorde a las circunstancias… Y ahora debo irme, pues soy indispensable para cumplir con ciertos recados. Perdona si no te acompaño en el desayuno.

Antes de marcharse (o debería decir: desaparecer), besó fuertemente mis labios, sin darme tiempo a reaccionar. Me dejó un sabor a rosas, o a jazmines, o a una mezcla de flores frescas y sabrosas. Si la vigilia me imponía arduas preguntas cargadas de amargura, prefería seguir soñando, impregnado de voluptuosidades y delicadezas.

Al abrir las ventanas para contemplar el paisaje campestre, fui interrumpido por la llegada del sastre y sus tres ayudantes. Mientras el maestro me manipulaba como a un muñeco, pedía permisos y perdones, tomaba y cantaba medidas, un ayudante anotaba con su cálamo, temeroso de haber comprendido con exactitud. Entre tanto, los otros dos armaron una mesa, y sobre ella colocaron los útiles del oficio. Y no tardaron en cortar y coser telas, o probarme las partes de la vestimenta prendida con alfileres.

—¡Ay! —gritó conmigo el sastre—. Perdone, ilustrísimo señor. ¡Qué torpe he sido!

—Descuide, buen hombre. Este cuerpo ya ha recibido algún sablazo —mentí con bravuconería—. Soy militar y sé a qué atenerme. Prosiga.

Por si fuera poco, para aumentar el número de personas moviéndose en derredor, llegó el prometido ayuda de cámara. Era negro como el hollín, y cumplía sin excederse con todos los buenos modales de la profesión. Muy cómodo, me entregué a sus cuidados. El primero, consistía en llevarme adonde se servía el

desayuno, pues por fin el sastre me había liberado, mediante la promesa de volver sin demoras para seguir con las pruebas.

Bajamos las interminables escaleras y, aunque la luz del día había suplantado la de las antorchas, los señores de los cuadros seguían depositando sus miradas sobre mí. Mi mano fue rozada varias veces por la de mi acompañante, generándome cierta incomodidad ante tan inapropiada cercanía. Cuando me aprestaba a reprenderle, se adelantó sigiloso, hablándome entre dientes, sin detener la marcha.

—Señor, corre usted un gran riesgo. Y yo uno mayor.

—¿Qué dice? —me detuve.

—Siga caminando —me miró, e hizo que me apoyara en su brazo—. Debe salir de aquí, de inmediato.

El negro salió disparado y se perdió por un pasillo. Por un instante, creí reconocer (o más bien tuve la certeza de que era) la voz de Carlo. Otros sirvientes aparecieron para ubicarme frente a una mesa que en nada envidiaba a la del festín de las ruinas. No acostumbraba a atracarme de carnes y dulces vinos, cuando no exquisitas frutas y

postres por la mañana, pero estaba tan maravillosamente decorado todo, y tanto era el apetito, que no me resistí. Me sentía algo mareado, y nuevamente con sueño (demás está decir que en ese momento, no lo relacioné con el pinchazo que me había dado el sastre).

8

Comprenderá el que sabe, cuando su situación no para de complicarse

Desbordada la sed y hastiado el apetito, noté que el negro que me servía no era el mismo que me había acompañado escaleras abajo, aconsejándome que me abstuviera de banquetes y huyera del lugar. Tan embotados tenía mis sentidos, que lo más coherente que se me ocurrió decir, sólo marcaba el principio de los absurdos por venir.

—¿Puedo llamarlo Carlo?

—Puede llamarme como guste —hizo una reverencia el ayuda de cámara—. Sus deseos son órdenes.

—Preferiría a Carlo. No me gusta la gente zalamera —me levanté con ímpetu y, para ser impertinente, arrojé una copa al suelo.

El negro se apresuró a juntar los añicos y, aprovechando su

ocupación, me desembaracé de él y me fui a recorrer la mansión. Donde quiera que fuese, me chocaba con puertas cerradas, aunque tan borracho estaba, que quizás anduviera dando vueltas, intentando abrir siempre la misma puerta. Como quiera que fuese, los pasillos y las escaleras no se cansaban de presentar cuadros. Observándolos atentamente, o hasta donde mi atención fuera capaz de retenerlos, siempre se trataba de hombres jóvenes muy bien pintados, aunque con un gesto errático en sus facciones. Era como si hubiesen estado a punto de decir algo y, en ese momento, el pintor los hubiera congelado para siempre. Sin embargo, los ojos se resistían a una última pincelada, luchando por transmitir algo.

—¿Pero qué es? ¿Por qué todos me miran? —le pregunté a uno que ya había visto varias veces, y que, por suerte, lo reconocí contiguo a mi habitación.

Como haciendo un tremendo esfuerzo por salir del lienzo y gritarme al oído, esos ojos, esa mirada, el espíritu que contenía o Dios sabe lo que fuera, me recordó un vislumbre, algo que yo había

visto ese mismo día… Sí, eran los ojos del primer ayuda de cámara, el de la voz de Carlo. ¿Sería cierto? ¡Hasta los cuadros me aconsejaban que huyera de aquel lugar!

Entré en la única habitación que era posible abrir. Allí estaba el sastre con sus ayudantes, dando las últimas puntadas al traje que luciría en el velorio.

—¡Oh!, justo a tiempo, ilustrísimo señor —levantó su creación de la mesa—. Debemos probarlo de inmediato. Así me lo pidió la joven…

—¿A qué joven se refiere, buen hombre? —examiné las telas que conformaban un disfraz que podía lucir un Arlequín de luto.

—A su prometida, claro —tardó en responder el sastre, evidenciando una gran incomodidad.

—No es mi prometida, señor. Es simplemente Biondetta. Y yo no usaré esta porquería —le arrojé los trapos a la cara.

—Pero ilustrísimo señor… No es la usanza…

—Déjese de ilustraciones. Estoy harto de alcahuetes —tomé por el cuello al sastre, y lo eché a patadas junto a sus secuaces.

—¡Esto es inaudito! —se quejó esgrimiendo sus tijeras, una vez que los otros le ayudaron a incorporarse.

Como no encontré mi espada, la cambié por lanzas en forma de la mesa que habían dejado tambaleándose en la huida. Los astutos y rápidos sastrecillos cerraron la puerta contra la cual se estrellaron las tablas.

El contratiempo me había cansado. Aunque bastante ebrio, me di cuenta de que cuanto más dormía y comía, más debilitado y más sueño tenía. Desde la maldita hora en que había ingresado a las ruinas para realizar aquel atentado a la razón, las cosas parecían operar de modo que el efecto fuera inverso al esperado. Pero el vino escapaba a la endiablada regla, sólo para potenciar sus nefastas particularidades. Así, contribuía al embotamiento, al crujir de mis sienes, y a unos dolores de barriga que no admitían dilaciones.

Si hacía unos momentos había estado buscando mi espada para chocarla contra las tijeras del sastre, busqué la bacina y obtuve mejor suerte. Los excesos de la mesa se habían trasladado al interior de mis tripas, y una guerra despiadada se

gestó a lo largo de un tortuoso recorrido. Hubo muertos y heridos, hubo prisioneros y decapitados y, literalmente, corrió mucha sangre (Creo haber mencionado que la bebida espirituosa desencadenaba en mí un problema vergonzoso, pero no creí oportuno ser explícito y admitir mis almorranas).

Limpié como pude el desastre de la batalla, echando mano de las telas esparcidas y hasta una sábana. Hice un bollo nauseabundo con todo aquello, y lo arrojé a un rincón para que el servicio de la casa justificara su sueldo.

“Que me perdone el Marqués de Verónica, o su memoria. No soy un buen huésped”, pensé mientras me echaba a la cama, boca abajo, derrotado y muy dolorido.

Cuando despertase, juré que me largaría de allí, dejándoles a Biondetta por si les servía de algo. Quería volver al cuartel o, mejor aún, a la casa de mi madre. En el peor de los casos, prefería enfrentarme al terrible Tribunal, antes que a más locuras. Después de todo, los jueces debían ser gente prudente y razonable, y con un poco de suerte más la intervención de mi santa madre, podrían conmoverse

ante la historia de un descreído, de un pecador arrepentido, ansioso por retomar el camino de la fe y de las buenas costumbres (estaba escrito en el Libro de la Vida, que estas preocupaciones serían de orden secundario, y que acontecerían cuestiones más graves y disparatadas que ameritarían, si era posible, ser contadas).

9

Qué fácil es caer y torcerse un pie

—¿Adónde escondiste mi espada? —fue lo primero que dije cuando abrí los ojos, y me encontré a Biondetta al lado de la cama.

—¿No es hermoso?

Su pregunta no encajaba en la mía; entonces, aún dolorido, me incorporé lo mejor que pude para exigir explicaciones.

—Has escogido muy bien, dulce amiga.

Quien había hablado, salió de detrás de Biondetta como si se hubiera desdoblado. Si quien estaba al frente poseía las más delicadas y bellas formas, quien estaba a sus espaldas agrandaba y acentuaba lo que no pasa desapercibido a cualquier caballero. El vestido era sencillo, pues estaba claro que el cuerpo que lo vestía no necesitaba ningún realce. El rostro, sin dejar de ser bonito, acusaba una belleza provocadora, quizás, obra del afeite

y de la mirada. El cabello era negrísimo y lacio, acaso el de Biondetta necesitara su complemento (…Y si Dios no hubiera querido perder a los hombres, no habría creado los senos y las caderas, y el Diablo no los hubiese retocado. Porque en algún lugar, estas cosas deben decirse).

—Olimpia, te presento a Álvaro. Es mi novio.

—¡¿Qué?!

Las mujeres rieron como campesinas (o como brujas), y juguetonas, me tomaron por los brazos antes de que pudiera resistirme.

—Era una broma, querido amigo. ¿Por qué tienes ese carácter tan explosivo?

—Te hará envejecer pronto y raleará tus cabellos, joven caballero —se tomó sus libertades la exuberante recién conocida.

Debíamos ir a la sala principal, allí esperaríamos no sé qué cosa, hasta que se abrieran las puertas de la habitación donde se velaría al Marqués de Verónica. El contacto con aquellas amigas, hermosas cada cual a su manera, serenaron de inmediato mi corazón. Sus perfumes me provocaban un mareo que

alivianaba la pesadez de los vinos bebidos, y me empujaban hacia una posición comprometida. Me sentía como la aguja de una balanza de cruz, obligado a escoger. Si me hubieran exigido tomar una decisión apresurada, a cada peldaño que bajaba, me inclinaba hacia mi izquierda, hacia la de cabellos negros.

—¿Y de verdad, qué te parece? —le preguntó Biondetta a través de mis oídos.

—Tierno. Distinto a todo lo que conozco. Ciertamente, rebelde. Nunca vi a nadie que se resistiera a ponerse su traje.

—¿Crees que he hecho bien, Olimpia?

—Rara vez te equivocas, “Biondetta”.

—No siempre es así.

—Y si te equivocas, sabes salir del embrollo, dulce amiga.

—¿Acaso están hablando de mí? —intervine frenándolas al pie de la escalera.

—¡Álvaro! —me amonestó Biondetta—. Sólo crees que las cosas giran en torno de ti.

—No te enojes, caballero. Te necesitamos para darle un poco de celos a mi novio, que últimamente se

muestra muy frío conmigo —Olimpia me acarició la mejilla, y dentro de mí tuve una sacudida, como un choque de espadas.

Sucedieron varias cosas a la vez. La casa del Marqués de Verónica se empezó a llenar de gente. Debían ser los asistentes al velorio. Biondetta se escurrió de mi lado, y un rato más tarde la vi sentada junto a un mequetrefe, conversando de manera demasiado animada. Olimpia me abrazó sin preguntarme si yo estaba de acuerdo con sus planes, y nos paseamos entre la multitud. Noté que los congregados, en su totalidad, eran parejas de jóvenes: las mujeres, agraciadas y elegantes; los hombres, despeinados y mal vestidos hasta el ridículo. También llamó mi atención, aunque tal vez sólo fuera impresión mía, que las damas dirigían a los caballeros, y estos obedecían sin chistar. Por cierto, me punzaba la idea de que Olimpia tuviera novio. Y como siempre, con la mayor lucidez o en la peor borrachera, mi espíritu bicéfalo no paraba de interponer objeciones a todo lo que encontraba en el camino, sugiriéndome preguntas y exigiéndome respuestas. ¿No sería

Olimpia del mismo paño que Biondetta? ¿No me había referido mi madre, que a cada encanto le correspondía su desencanto, y que lo único firme estaba en la mesura? Las costumbres exóticas que se daban cita en aquel punto de la provincia, ¿podían ser de orden natural?

Un beso en la mejilla me arrancó de mis cavilaciones.

—No se ofenda, ilustre caballero —retomó el trato cortés para abandonarlo de inmediato, por sonrisas y muecas—. Es sólo para dar motivo de celos al tonto de mi novio. ¡Oh, allí está!

Allende los asistentes, el mequetrefe le hacía una reverencia a Biondetta para que tomara asiento frente a un clavicordio. Así que un debilucho que inhalaba petulancia y exhalaba pusilanimidad, era el novio de la mujer con todas las letras bien puestas, a quien yo daba mi brazo... Antes de que pudiera seguir sopesando injusticias, la voz que ya he mencionado intervino nuevamente. ¿No había un pequeño detalle en la artimaña, que delataba al autor? ¿Por qué me había dado un beso, y luego se había percatado de que su novio podía verla? ¿Acaso no

debían invertirse los términos? Como en la batalla por ser más humano, solía ganar la bestia, acerqué mi rostro al de Olimpia.

—No me importa que seas amiga de Biondetta, nunca he visto una mujer más hermosa que tú.

—Entonces, aprovéchame —me abrazó—. Bailemos esta pieza.

Igual que si hubiera estado marcando el compás de inicio, comenzó a sonar el clavicordio en los virtuosos dedos de Biondetta que, si le sobraba talento para el violín, para las teclas tampoco le faltaba. El problema que se me presentaba, era que mi buena madre me había traído al mundo para ser militar, y no bailarín. Acompañaba los alegres movimientos de mi compañera, con la gracia de una goleta sobre la arena. Pero poco le importaban mis trastabilleos a Olimpia, que todo lo disfrazaba con risas y curiosos pasos, sin quitar sus ojos de los míos. Me empezaba a escocer que sólo fuera una estrategia para interesar al zopenco que, en un vislumbre, lo percibí fascinado por la destreza musical de mi antiguo paje. Pensé en que podríamos resolver la situación con caballerosidad, diplomacia, y un

poco de espíritu de juiciosos comerciantes.

—¿Cómo se llama tu novio?

—¿Qué importancia tiene?

—Pues le diré a Quéimportanciatiene, que se quede con Biondetta si tanto le gusta, y que te entregue a mí en pacíficas condiciones.

A sus carcajadas continuaron más piezas musicales, y más animación por parte de los llegados al velorio que, si así había empezado, quién podría saber cómo iría a terminar (desde luego yo lo sé, pero eso será aclarado a su tiempo). La servidumbre con enormes bandejas de plata cargando copas de champaña y canapés, y tanto aprendizaje de baile y emociones encontradas, despertaron mi sed, y en parte mi apetito, aunque ciertas punzadas en las zonas más abajo del vientre, me aconsejaron ser cauteloso con las ingestas.

—Álvaro, me gusta tu voz varonil; la de mi novio parece una flauta.

—Pues sería un buen acompañamiento para el clavicordio de Biondetta —ya que le gustaba, se la acerqué al oído.

Rio y bailamos (o hice lo mejor que pude). De a poco y con esfuerzo, me di cuenta que dejándome llevar por mi guía experta, no estaba tan mal dotado. Hasta que ella resbaló y, en la caída, me apresuré a sujetarla entre mis brazos.

—¡Ah! Qué fuerte eres.

—Espero que no te hayas lastimado.

—Creo que podría dejarme caer, y tú me sostendrías toda la noche, sin apenas cansarte.

Fui a contestarle algo que no recuerdo, cuando exclamó:

—¡Uy! mi pie.

La alcé haciendo valer mis ponderados brazos, y la deposité sobre un sofá en donde habían hecho lugar dos parejas de enamorados. En vez de preocuparse por la posible lesión de mi compañera, marcharon hacia el alegre clavicordio que, aparte de la flauta del mequetrefe, lo acompañaban un par de violines y, si no me equivoco, platillos, triángulos y panderetas.

—¿Qué te ha pasado, Olimpia?

—Me duele, me duele.

Se descalzó y me mostró su pie desnudo, blanco, perfecto. Después, con un tiempo que parecía correr

más lento, venían las pantorrillas, que si el lastimado me parecía comestible, aquellas resultaban sagradas.

—¿Aquí? —masajeé su tobillo.

—Oh, sí... —gimió entre dolorida y gozosa—. Y un poco más arriba. Más arriba...

Seguro pero tembloroso, empezaba a recorrer aquel templo de perdición, cuando sentí la presencia del silencio. Un sólido silencio. Algo había a mis espaldas. Todos nos estaban mirando. Enseguida me enteré que Biondetta había dejado el clavicordio, y se había traído al afortunado novio de Olimpia que, cobarde, se amparaba bajo sus palabras.

—Creo que ya han bailado suficiente. Y tú, Olimpia, veo que estás mejor. ¿Ves, Raúl? Todo el tiempo necesita de tus cuidados. No deberías dejarla sola ni un segundo.

Para concluir el ardid, lo que todos estaban esperando apareció en ese mismo momento, abriendo las enormes puertas de una sala. Un vasallo del cual no se podría decir si era hombre o mujer, anunció con voz indefinida:

—Amigos y deudos, está preparado. Se da inicio al velorio.

10

Evidentemente, las distintas culturas tienen formas diferentes de celebrar los velorios

Seguimos como en romería hasta el centro de la sala con frescos de paisajes y personas entreveradas que no se entendían muy bien. En medio, yacían los despojos del marqués. Cabíamos todos y aún sobraba lugar, y después de ver dentro del féretro y efectuar reverencias, la gente se iba dispersando sin mucha congoja para seguir charlando, comiendo y bebiendo.

—¡Oh, marqués! Ahora vivirás por siempre en nosotras… Serás eterno como los ciclos que gobiernan los mundos —Biondetta me aferró la mano y se enjugó un par de lágrimas.

Miré el cadáver más de cerca, y comprobé que se habían esmerado

en acicalarlo, aunque exagerando en el colorete y la peluca. También llamó mi atención que, en vez de mortaja, llevaba un traje muy ceñido que realzaba su busto.

Luego, miré en derredor, con un ojo buscando a Olimpia, con el otro conformándome con Biondetta. En el aire, se respiraba algo extraño, algo que jamás había sentido en ningún velorio, y que estaba más allá de los semblantes y atuendos de quienes velaban al grotesco dueño de casa. Me causó una impresión desagradable, el ver caballeros que tras quitarse sombreros y capas, mostraban pantalones rasgados, cuando no en las pantorrillas, también en las nalgas. Las mujeres, como si a cada rato festejaran bromas, estallaban en carcajadas, se atoraban con champaña, y ejecutaban movimientos demasiado libres para la ocasión (vi que a una de ellas se le escapaba un seno por el escote del vestido, y no se tomaba el trabajo de volverlo a guardar. Pero este escándalo sería de una inocencia celestial, en comparación a otras cosas que tuve que presenciar).

—Oye, Biondetta —tracé un semicírculo con mi mentón— ¿Te

parece que esto es propio de un velorio?

—Ya empiezas, Álvaro —me amonestó—. Primero, no quieres vestirte como conviene; y ahora, criticas a gente que ha venido de otros países, sólo porque tienen costumbres en extremo dispares a las de un español.

Podía no faltarle razón. Callé. Insistió.

—Bebe más champaña —tomó una copa y me la entregó—. Quizás te ayude a cambiar esa cara tan seria. El marqués hubiera querido que todos se divirtieran en su memoria.

Ante su mirada insistente, me llevé la copa a los labios. Curiosamente, cuando las burbujas estallaban en mi nariz y el aroma invitaba a vaciar el contenido, escuché una voz interior, una voz que venía de un lugar distante y que me recordaba a Carlo. “No bebas los venenos del alma, que esa copa contiene”, alertaba mi buen consejero y ayuda de cámara. Fingí beber.

Seguí a Biondetta, contenta con mi obediencia. En cuanto pude, devolví el líquido a la copa, y la deposité sobre la mano de un

enamorado que se regocijaba con su pareja sobre un diván (la falta de decoro, por no decir total desfachatez, ya empezaba a dejar de sorprenderme). Se detuvo ante un grupo de amigas con sus novios medio bobos y, en vez de cruzar presentaciones, alternaron frases oscuras.

—Hace años que no veía una congregación tan definida.

—De veras. Cada cosa ocupa su sitio, después de tanto trabajo.

—Al marqués y sólo a él, debemos el completo éxito.

—A él, queridas; y a sus mozos y a las botellas donde guarda sus santos elixires.

Intercambiaron otras sandeces, hasta que uno de los bobos mordió la oreja de quien tanto ponderaba botellas y, en vez de recibir una bofetada, se ganó cosquillas y otros apremios. Estupefacto, contemplé cómo los demás bobos imitaban la viveza del primero, y mayor fue mi sorpresa al comprobar que en el resto de la sala velatoria, se procedía con mayor disipación.

—¡Biondetta! —exclamé entre preocupado e irritado.

—¿Qué has hecho con tu champaña, Álvaro? Ven para aquí. Deja en paz a esta gente alegre. Ya es hora de que tú también seas un hombre feliz.

Tropezando con unos que se acariciaban y se besaban, cuando no se tocaban zonas poco pudendas, llegamos hasta una pared donde se multiplicaban las puertas. Biondetta abrió una, y me empujó hacia dentro.

Entonces, empecé a comprender un poco mejor. Si el Diablo, que se encarga muy dignamente de invertir los roles, había creado su iglesia poniendo un sacerdote muerto en el altar, y había desparramado fieles por la nave central, y cuadros obscenos por vía crucis, también disponía de sacristías y de capillas interiores. Si el catecúmeno necesitaba su propedéutica para mejor asimilar la doctrina, allí se la ofrecía en forma de estatuas y cuadros bastante explícitos para aleccionarlo. El esmerado escultor había tallado el mármol cuidando formas y proporciones individuales, pero las había entreverado de tal manera, que lo que podría ser un conjunto armonioso, había terminado en caos.

El pintor no había sido menos cuidadoso, y a las escenas de hombres y mujeres capturados en situaciones promiscuas, le había agregado la presencia de seres alados que no eran ángeles de la guarda. En medio de la habitación, había una cama con sábanas doradas.

—Pobrecito —Biondetta me acarició una mejilla, y dejó caer la mano sobre mi pecho haciéndome sentar sobre la cama—. Has recibido tantas impresiones juntas en tan poco tiempo, que no te será fácil reconocer tu nueva condición.

Sus dedos seguían siendo suaves y juguetones; su aliento, dulce; sus ojos, emitían destellos encantadores. Cada cabello que tocaba mi torso repentinamente desnudo, me hacía pensar en lo tonto que había sido en fijarme en Olimpia. Sus labios rozaron los míos, y sentí su lengua buscando a su compañera, que quería hablar y no podía. Sus piernas y brazos me enlazaron, y la presión del cuerpo semidesnudo encima de mí, despertó anhelos impostergables.

—Mira esas figuras… Mira cómo comparten el pan y beben de la misma copa el vino… Así debemos

ser nosotros… Uno en todos y todos en uno —sus dedos recorrían ágiles mi cuerpo, se detenían a acariciar, pero también, cada tanto, sentía uñas afiladas dibujando en zonas que suelen ocultarse.

No me interesaban las figuras. Prefería a Biondetta y que lo demás fuera olvido, sin embargo, como ya no podía dejar de obedecerle, miré. Y no fueron las imágenes de los libertinos las que aparecieron ante mis ojos aterrados, sino que, sumergiéndose en el lodo de una humanidad corrompida, vi a mis padres mirándome con ceño fruncido, hablando con voz firme para rescatar a su hijo perdido.

—¿Qué estás haciendo, Álvaro? —dijo mi padre— ¿Piensas que entre arpías honrarás a tu familia y a las armas?

—Por amor de Dios, que si todo lo ve, también todo lo perdona. Recapacita y vuelve a tu madre, que en el mundo sólo encontrarás perdición, y la más cruel de las muertes —dijo mi madre.

Bajé la vista, y seguí escuchando sus queridas y benditas voces resonando en cada fibra de mi ser.

—Tu espada ha sido quebrada, y no en una gesta gloriosa, sino a escondidas y a traición, por engendros que no llegan a ser mujeres pero sí son diablas.

—Hijo mío, vuelve en ti mismo, y a mí para que pueda curarte las heridas y guiarte en la vida.

Pasé por el terror, me sumergí en la vergüenza, y estallé en un impulso de ira. De una bofetada eché por tierra a Biondetta y sus planes. Ni su cuerpo desnudo, ni sus ojos rutilantes, podían contra aquellos santos enviados para mi liberación. Me ajusté la ropa lo mejor que pude y, mientras lo hacía, con el paje infernal o demonio o el disfraz que fuera aún sobándose el merecido, exclamé sin perder la furia:

—¡Ustedes no son mujeres! ¡Malditas brujas!

(Hubiera preferido que ese fuera el final, que pudiera regresar a casa sin más contratiempos, y un buen día pudiera olvidar aquella nefasta aventura. Pero hubiera sido demasiado fácil, y el Libro de la Vida suele escribir capítulos más enrevesados para que aquél que quiera, pueda incluir aunque sea

grande el dispendio, mayores conocimientos a su bagaje.)

11

En toda celebración hay invitados, colados e infiltrados

O el tiempo había pasado muy deprisa y no me había dado cuenta, o las personas reunidas habían vencido el decoro de manera harto fácil. Al salir de la capilla infernal, encontré el conciliábulo de brujas y esclavos con el hambre y la sed apagadas, pero con el peor de los fuegos encendido. El suelo oficiaba de gigantesca cama que a todos albergaba, y que a nadie llamaba a dormir. Las ropas se habían arrojado unas encima de las otras con total desparpajo, y así también los cuerpos deambulaban en busca de distintas tallas. Se multiplicaban las sonrisas, los besos, caricias; sonaban y resonaban quejidos y gritos de innumerables voces, y hasta los más dolorosos respondían con timbres de placer; si antes había

corrido la champaña, ahora lo hacía la transpiración, y otros fluidos más indecentes; brujas, diablesas, o el género que fuese aquello tan parecido a la bella mujer, jugaban una carrera de delirio cuyos acompañantes tampoco iban en zaga.

Traté de no pisar la sarta de gusanos enroscados. No era fácil la tarea, pues a cada paso debía luchar con brazos frenéticos que parecían pedir ayuda, pero que nada más trataban de aprehenderle a uno para hacerle participar en sus atropellos. Como polluelos en un nido, machos y hembras abrían la boca y pedían, pero por un alimento que no era tal. No podían convencerse de que yo sólo era un náufrago queriendo escapar de allí, y me invitaban a empujones a que me sumergiera en las aguas procelosas. Si hubiera tenido mi espada, tal vez les hubiera ofrecido mejores explicaciones, pero a decir verdad, ninguna espada solitaria hubiera podido esparcir tan agitado cardumen.

La vorágine me fue llevando azarosamente, en vez de hasta la ansiada puerta de salida, hasta el centro de la sala. Justo adonde se hallaba el féretro del Marqués de

Verónica, quien si así se lo recordaba en la muerte, cómo se lo festejaría en vida. Y entre manotazos y codazos, fui a dar de bruces tirando el cajón al suelo. ¡Pero el marqués no estaba en su sitio!

No era el único que andaba sobre dos pies entre la muchedumbre. Si yo intentaba escapar caminando en arenas movedizas, el resucitado Marqués de Verónica danzaba como un delfín entre endiablados marineros. La nave de la ruina se hundía, y el capitán lucía feliz y radiante, saludando a los presentes con ademanes soeces; se inclinaba sobre los cuerpos desnudos como si fuera en un campo recogiendo flores, pero lo que olía y besaba no eran pétalos perfumados; cada dos pasos se ponía de cuclillas, mas no descansaba ni tenía aires pensativos. Cuando pasé cerca de él, no lo pude hacer desapercibido.

—¿Pero qué hace vestido? ¡Y de qué forma tan inapropiada! ¿Acaso es un colado? ¡O un infiltrado! —el marqués masticaba las palabras antes de estallarlas, y su rostro cambiaba de forma como una vejiga.

No sé lo que hubiera contestado a las alharacas del resurrecto, pues no terminó de retorcer sus labios pintarrajeados, cuando se abrieron las puertas de la sala que comunicaba adonde antes nos hallábamos, adonde Biondetta había amaestrado el clavicordio y Olimpia había dado celos al mequetrefe a quien había servido para provocarle celos. Dos sirvientes de subido tono oscuro, sostenían a un igual pero amarrado y aporreado, con la cara manchada de sangre y medio lavada. Entraron con el tercero arrastrando los pies, y exclamaron con tal fuerza, que algunos de los desparramados y entreverados abandonaron sus deplorables actividades.

—¡Eminencia! Ese a quien habla no es el único infiltrado.

No pude dejar de reconocer, pese al disfraz y a los machucones, a mi pobre y querido Carlo, a quien tantas desgracias había acarreado por su sacrosanta fidelidad.

(Aunque no era posible, todavía cabían más complicaciones.)

12

Nunca faltan, pero ¡bienvenidos los aguafiestas!

Un grito detonó rabioso llanto a mis espaldas. Era Biondetta. En vez de sobarse mi bofetada u ofrecerme su otra mejilla, acometió contra las mías con los puños cerrados, vociferando maldiciones con una voz ronca hasta ahora desconocida.

—¡Eunuco imbécil! —ladraba—. ¡Has arruinado todo!

Si bien mi contrincante tenía una fuerza sobrehumana, sabía defenderme a mi modo, ora agachándome, ora saltando a los costados, o dando vueltas alrededor del marqués, que se movía como un poste flojo al que le hubieran puesto un espantapájaros.

—¡Perdona, divino marqués! —exclamó vencida ante mis escurrimientos—. Nunca pensé que

este idiota sería tan duro… ¡Jamás vi un hombre tan inconmovible!… Y ese sirviente nefasto, odioso como su amo, a quien ha seguido hasta este santo templo. A ambos, por favor, ¡haz que les corten las cabezas! —terminó por arrancarse mechones revueltos, de lo que fuera sedosa cabellera.

El Marqués de Verónica podía chasquear sus ajados dedos, y llamar a los sirvientes que fueran necesarios (en las condiciones en que nos encontrábamos, no creo que se precisaran muchos) para atraparme; volver a chasquearlos para que trajeran un par de filosas hachas; y otro gesto para echar a rodar nuestras cabezas por el suelo. O podía ser más creativo y abyecto: en lugar de que pudiésemos correr la misma suerte que Lot al escapar de Sodoma, iríamos a parar desnudos como tantos otros menos afortunados a quienes Dios negó socorro, a las garras y dientes y otros instrumentos de los viciosos que seguían retorciéndose entre ellos, ajenos a las novedades, siempre insatisfechos, deseosos de más carne. O con sus poderes mágicos, podía reservarnos para más allá de la muerte: se

entretendría él y su prole con nuestras almas, saboreando eternas e inimaginables torturas. Quién sabe.

Porque de las bocas de los captores de Carlo, no salieron lenguas, sino puntas de espadas que los atravesaron desde atrás. La sangre corrió a raudales, manchando sus investiduras de pajes del más miserable de los endemoniados, quien aleteó horrorizado.

Jamás esperé que los sieneses que me habían acompañado en la locura de la cueva, pudieran salir de atrás de los deslenguados que soltaron de inmediato a mi ayuda de cámara. El pobre cayó de bruces sobre sus muertos captores, pero levantó la mirada hasta encontrarla con la mía, y extendió su brazo como si quisiera recogerme en un último intento antes de desmayarse.

—¡Marqués de Verónica! O *puttana* de las brujas —como desde un mazo de barajas, las figuras no terminaban de salir unas detrás de otras. Abriéndose paso de entre sus amigos, el mismísimo Iacopo, mala influencia y mal amigo, escupió el suelo y empezó a trazar sus dibujos raros (de los cuales guardo perfecta

memoria, pero no daré ninguna pista, porque aunque parezca mentira, llevan y traen demonios como gente que sale a pasear en sus carruajes).

La horda de diablesas se puso en guardia, abandonando los juegos estrambóticos con sus invitados, novios o esclavos. Estos tontos, al perder el influjo que los gobernaba, quedaron pasmados, como quien despierta de un sueño profundo y no recuerda el lugar en donde estaba. Si no eran culpables de haber caído tan bajo, de nada les sirvió su inocencia, pues recibieron de los sieneses el mismo trato que a las brujas se les daba. Las terribles entidades disfrazadas de mujeres, quisieron atacar como gorgonas. Las medallas en los pechos de los aliados de Iacopo, los protegían de las petrificadoras miradas. Ante la avanzada fallida, lo hicieron como mujeres enfurecidas. Pero a las dos espadas se unió la de mi antiguo camarada, formando un molinete que todo lo decapitaba. Vencidas y revencidas, acudieron a un arma no menos potente: el grito. No se podría decir quién gritaba más agudo y más fuerte. El Marqués de Verónica aquí, Biondetta allá, los

súcubos acullá, chillaban y lloraban a quién más, sin olvidar a la manada de mequetrefes que también lo hacían, pero como niños de pecho.

Entonces, sucedió algo mucho peor. Iacopo se había unido a la carnicería, porque su obra de dibujante había concluido. Del círculo con trazos, números y figuras, apareció precedido de una nube espesa, quien ya había tenido el infortunio de conocer. ¡El Chivo Blanco había vuelto!

—¿*Che vuoi*? —preguntó con su característico tono de ironía.

Los gritos que previamente intentaban aturdir a los tres camaradas, ciertamente con algún éxito, dejaron de ser ofensivos para transformarse en la viva expresión del pánico. El Marqués de Verónica, a quien ya no le salía nada, antes de volver a morir fue el primero en recibir una cornada. Entre saltos, coces y berreos que tronaban, el animal infernal salido de un dibujo en el suelo, jugó con vivos, cadáveres y trozos de ellos como un cabrito retozando en el pasto. A quien no tenía al alcance del cuerno o la patada, le escupía una baba lechosa, más dañina que un mosquete. Los tres aguafiestas,

aliviados del trabajo, se fueron retirando embelesados, para ver jugar a su amo. Como las puertas estaban astutamente atrancadas, la carnicería se aceleró hasta dejar brujas y embrujados como si fueran materia de chacinería… (no sería cristiano entrar en detalles). Luego, la sala se fue cubriendo de una especie de llovizna, como finos hilos o pelos blancos. Y llegó mi turno.

—*Nascondi ancora* lo que me pertenece —cara a cara, o cara a hocico, estábamos con el caprino demonio.

Como no pude responder, extendió su pata delantera tirándome al suelo. Me di por muerto. Pero todavía no era el momento. Al lado mío, a mis pies, alguien más se daba por muerto. Era Biondetta. Ha de ser muy difícil engañar a los diablos, cada cual más astuto en cuanto sea mayor su jerarquía. La evidencia holgaba, pues Biondetta lo había hecho con un pelafustán ajeno a los mundos etéreos, y ahora le tocaba a ella ser pelafustana.

—*Amore*… —si los hombres utilizan las palabras de forma ingrata, por qué no lo haría un demonio—. Amor *della mia vitta*.

Por única respuesta a tanto halago, a Biondetta le castañetearon los dientes. Al albo animalejo, a quien no le gustaban las demoras, le bastó fruncir el ceño para hacer que la diablesa regresara de puntillas al círculo por el cual había escapado. Quien me había hechizado con la engañifa de todos sus encantos, me dejó como último recuerdo, el trémulo andar de espaldas a mí, desapareciendo en la neblina para siempre. (Creo que suspiré y me dolieron las tripas, pues quien poco se conoce a sí mismo y ha sido víctima de tantos sentimientos destemplados, es proclive a cualquier irracionalidad y cualquier martirio.)

Cuando quise acordar, estaba rodeado. El Chivo Blanco seguía frente a mí, y a mis espaldas y costados, tenía a sus secuaces con las espadas envainadas y sus manos aferrándome.

—¿Qué hacemos, Maestro? —habló Iacopo, olvidándose de la camaradería debida entre capitanes de los guardias del duque de Toscana—. ¿La muerte o la marca?

—*Voglio vedere* —se limitó a decir, señalando con su hocico por debajo de mi cintura.

De inmediato y pese a resistirme, estuve inclinado ante la podrida eminencia, sin pantalones y mostrándole mi trasero. Ya sabía lo que acontecía en aquellas bestiales usanzas, cuando se quiere deshonrar a un caballero.

La risa, si risa se le puede llamar a una especie de silbido y catarro con notas jocosas, me dejó más estupefacto que aterrorizado, renaciendo la última brizna de esperanza. El Chivo Blanco se había reído de mi trasero.

—*Il fiore e le lettere*... —siguió riendo y, cuando hubo terminado, emitió un largo suspiro—. Ya no cabe tanto mal *nel mio petto*. *Perdoniamone* uno, y a otra cosa. ¡*Andiamo ragazzi*!

Escuché los pasos del chivo alejándose, y el soplido de un viento que se llevó la niebla y la lluvia de pelos blancos, aunque dejó un poco de olor a chamusquina.

El maestro se había ido, pero aún quedaban sus fieles devotos que, aunque me habían liberado, todavía conservaban sus espadas. El término “traición”, no les daría frío ni calor.

—Escucha, soldadito —Iacopo desenfundó y me puso la punta del

acero en la sien—: Cierra la boca para siempre, y nunca más vuelvas al cuartel.

Como era corto de palabras y sus compañeros los Bernardos apenas hablaban, se retiraron sin dar más detalles, abriendo la puerta de una patada.

Me incorporé como pude, muy dolorido. ¿La flor que había mencionado el Chivo Blanco, se refería a mis hemorroides?

13

Un regreso taciturno y tedioso, ni siquiera merece ser contado

—¡Ah! Si pudiese llegar y echarme a las rodillas de doña Mercedes, mi santa madre —me dije a mí mismo, pero en voz alta.

—Ya lo creo que podremos, señor.

Quien me había escuchado, se desembarazó de unas cuantas achuras ajenas que le colgaban, trató de limpiarse la cara con la manga, y vino hacia mí para acomodarme la ropa.

—Ahora que me siento mejor, ya lo creo, señor —insistió con firmeza.

¡Carlo había sobrevivido a la masacre! Milagrosamente, el más fiel ayuda de cámara que haya existido, había quedado cubierto por una espesa capa de charcutería. Esto, sin duda, amortiguó los brincos

y embestidas fatales del verdugo blanco. Lo abracé como a un hermano que se me hubiera perdido.

—Vamos, no hay tiempo que perder —restó importancia a su hazaña, incómodo con mi arrebato de efusión—. Si mi mapa no erra, aún nos queda mucho camino por recorrer.

Por suerte, el previsor de Carlo, durante su estancia clandestina, se había aprovisionado en abundancia de monedas y joyas que otros descuidados habían dejado tiradas. Pero cuál fue su sorpresa al notar que, al igual que los espectros del averno, ¡habían desaparecido! Sólo quedaba calderilla y poco más, como muestra de lo paupérrimo de toda aquella fantochada.

—Peor es nada —traté de animarlo—. Además, seguimos conservando lo más valioso: que no es la vida, sino el honor.

Con esa perspectiva motivadora, salimos de la mansión de perdición, donde hacía un rato reinaban las pasiones destempladas y el ruido, y ahora lo hacía el silencio. Pensé que, como todo lo vano, también desaparecería; pero cada tanto, volvía mi mirada hacia ella, y todavía estaba.

La naturaleza, que si fuera un paseo podría resultarme encantadora, en aquella circunstancia me resultaba agobiante. No quería saber de árboles ni pájaros, o de hierbas aromáticas y altos pastos; no me interesaba el cielo ni el sol radiante; quería un camino que me llevara directo a las tierras de los García Ibañez. No lo encontramos, pero al menos dimos con un arroyo en donde pudimos lavarnos, y ponernos prolijos de modo que no asustáramos tanto.

Al caer la tarde, dimos con un holgazán acostado al pie de una encina. Alternando bostezos con miradas risueñas bajo su sombrero de paja, nos señaló la dirección hacia donde debíamos ir, si queríamos toparnos con alguien que por unas monedas nos quisiera llevar. Al arrojarle su propina, la devolvió con un gesto de repugnancia, lavándose las manos con un escupitajo.

—Ya déjenme en paz. Con ustedes, he visto demasiada gente por hoy.

Debimos darle su merecido al truhan, pero verdaderamente, estábamos muy cansados de tanta

violencia. Nos retiramos sin confiar en el destino indicado, y nos sorprendimos al punto de caer la noche, de que el miserable no nos hubiera mentido. Ver el carro que forzamos parar, a riesgo de ser atropellados, fue uno de los momentos más gloriosos de mi vida.

Carlo se encargó de amenizar los traqueteos, dándome detalles de su propia aventura. Por ejemplo, de cómo había desobedecido mis órdenes presintiendo un mal mayor, robando un caballo del cuartel y persiguiéndonos a distancia, hasta llegar a las inmediaciones de la casa del vil marqués; o de cómo había espiado los movimientos de la servidumbre, para reducir un paje, tiznarse y disfrazarse para imitarlo, y así tener más chances de pasar desapercibido; o cómo se desplazaba a hurtadillas entre escondites, para tratar de alertarme del peligro que corría; o cómo había encontrado un recinto secreto, en donde el trasfondo de un cuadro con dos pequeños orificios a la altura de los ojos, le permitía mirar hacia un pasillo, en donde muy a su pesar me vio pasar completamente borracho; y al final, exagerando al límite los riesgos, había intentado hablarme,

más con el pensamiento que con la voz, para que no bebiera de la champaña ponzoñosa; prefirió saltearse su captura.

(Continuar de aquí hasta la casa de doña Mercedes, mi ilustre madre que Dios conserve para siempre, sólo serviría para aburrir estas notas de por sí tediosas.)

14

Por qué Á y B

El corazón se me iba a salir de la boca cuando el coche entró en el gran patio del castillo.

—¡Es Álvaro! ¡Es mi hijo! —levanté la vista y reconocí a mi madre en el balcón de su aposento.

El corazón quedó en su lugar, pero fueron lágrimas las que salieron a raudales. Cuánta dulzura, cuán vivo es el sentimiento que une a la madre con su hijo. Mi alma, que aún permanecía en tinieblas, renació y se reanimó en un profundo abrazo.

—¡Ah!, madre mía. Tantos disgustos te he causado, que dudaba de si me habría transformado en tu asesino. ¡Perdóname! —caí prosternado, aferrando sus manos.

—¿Pero qué dices, hijo? ¿No ves cuán feliz estoy de volver a verte?

Mi conducta se notaba tan alterada, que llamó la atención de los criados. Carlo se interpuso dando palmadas para espantarlos, e hizo

que me enderezara. Mientras nos dirigíamos al interior, entendiendo que yo no podía hilvanar una sola oración, con suaves palabras comenzó a narrar mis desventuras, mitigando aquellas partes que pudieran herir a una dama.

A doña Mercedes le costaba creer que aquellas fantasías fueran verdad, pero por venir de la mesurada boca de Carlo, creer que fueran mentiras le costaba aún más. En uno de los pasajes más escabrosos, narrados con eufemismos por mi excepcional ayuda de cámara, mi madre dio un respingo. Recordó que en cierta ocasión, tal vez coincidente con los hechos, había soñado que su hijo se encontraba en gran peligro. Entonces, había implorado por ayuda divina, y por la vigilancia desde los cielos de mi difunto padre. A lo mejor, su intervención me había salvado la vida.

Con el tiempo, me fui habituando a la vida tranquila del hogar, y opté por compenetrarme en los negocios de la familia. Si bien existían complicaciones y riesgos, pertenecían a una esfera más sensata que la de la guerra y los fantasmas. Sin embargo, las

pesadillas y heridas relacionadas con mis correrías, me persiguieron durante años.

Un día, sentí un terrible ardor, una inclemente picazón en la nalga derecha. Harto de rascarme, y como en el espejo no podía ver más que una mancha rosácea, llamé a Carlo para que me examinara.

—Señor, esto es muy curioso —dijo después de volver con una lupa—. En estas picaduras, si es que lo son, pareciera que le hubieran escrito unas letras... Diría que aquí dice: “Á y B”.